



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: De la censura al destape: el uso de las malas palabras en la revista Humor

Autores (en el caso de tesis y directores):

Alejandra Wulff

María Eugenia Contursi, tutora

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2010

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





De la censura al destape
El uso de las malas palabras en la revista *Humor*

Tesista:

Alejandra Wulff

alejandrawulff@hotmail.com

011 4982 2818 / 011 15 3830 7221

Tutora:

María Eugenia Contursi

eugecontursi@gmail.com

011 4582 6496 / 011 15 6544 6184

Julio de 2010

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Ciencias de la Comunicación



Índice

Introducción.....	2
Marco teórico y metodológico.....	6
PalabrOTAS.....	15
Contexto histórico. 1979 – 1989 en Argentina.....	22
<i>Humor</i>	35
Las malas palabras en <i>Humor</i>	47
Las malas palabras como actos de habla: fuerza ilocutoria.....	49
Las malas palabras en el lenguaje: aspectos temáticos y expresivos....	61
Las malas palabras y la moral: ethé dominantes.....	82
Reflexiones finales.....	91
Bibliografía.....	94

Ximena Dahm andaba muy nerviosa, porque aquella mañana iba a iniciar su vida en la escuela.

Corriendo iba, de un espejo al otro por toda la casa; y en uno de esos ires y venires, tropezó con un bolso y cayó desparramada al piso.

No lloró, pero se enojó:

- ¿Qué hace esta mierda acá?

La madre educó:

- Mijita, eso no se dice.

Y Ximena, desde el piso, quiso saber:

- ¿Para qué existen, mamá, las malas palabras que no se dicen?

Eduardo Galeano

Las bocas del tiempo

¿Qué es una “mala palabra”?

Desde el sentido común, la respuesta a esta pregunta parece sencilla. Una mala palabra es un término que está por fuera del lenguaje que se nos enseña como socialmente correcto. Puede ser utilizada para insultar. Puede ser utilizada para dar énfasis. Puede funcionar como marca de pertenencia a un grupo.

Dentro de las normas que rigen a una comunidad de habla determinada, las malas palabras pueden resultar más o menos aceptables dependiendo del contexto en el cual se emplean. Todos decimos malas palabras, todos sabemos cuándo decirlas y cuándo reemplazarlas por una... ¿buena palabra?

El interrogante sobre las malas palabras fue el que disparó el desarrollo de este trabajo.

La necesidad de recortar la temática para transformarla en un objeto de análisis abordable originó sucesivos replanteos. Se hizo evidente que un análisis del uso de las malas palabras en el habla cotidiana resultaba impracticable, dada la magnitud del trabajo de campo que hubiera sido preciso para que la investigación tuviera sustento empírico. Por este motivo se decidió trabajar sobre

el uso de malas palabras en los medios, específicamente sobre el caso de la revista *Humor*. Esta elección respondió a varias motivaciones. *Humor* nació en 1978, inscripta dentro de una tradición de sátira política de larga data en Argentina, con características relevantes a los fines de esta tesina: lenguaje informal, abundantes ilustraciones, periodistas de filiaciones ideológicas diversas pero línea editorial crítica general y, por supuesto, uso de malas palabras a lo largo de sus páginas. El período de análisis del caso se fijó entre 1979 y 1989, analizando 65 ejemplares en total¹. La delimitación de esta extensión temporal se basó en la riqueza que para la investigación presenta esta década de la historia argentina, haciendo posible el estudio en los contextos de la dictadura y la apertura democrática, incluyendo como eje analítico la influencia de cada coyuntura en el uso de las malas palabras en *Humor*.

Definidas las malas palabras como el objeto de análisis y las revistas *Humor* entre 1979 y 1989 como caso particular de estudio, se presentó un interrogante: ¿cómo establecer un parámetro para definir una palabra como mala palabra? Si bien estos términos eran reconocibles a simple vista en la lectura ¿había disposiciones formales que fijaran cuáles eran malas palabras en una publicación escrita?

Esta pregunta condujo la investigación a la búsqueda de normas legales referidas al tema. Un recorrido por las reglamentaciones de medios vigentes entre 1979 y 1989 arrojó como conclusión que no existían disposiciones directas sobre el uso de malas palabras en las leyes vinculadas al tema, como el artículo 128 del Código Penal². Esta comprobación resultó, al menos, curiosa. La censura que funcionó entre 1976 y 1983 no se sustentó en normas públicas

¹ Los ejemplares de *Humor* empleados como corpus de esta tesina forman parte de una colección privada incompleta, por lo cual se tomaron cantidades disímiles por año de acuerdo con la posibilidad de acceso. Se utilizaron 5 de 1979 y 1980, 7 de 1981, 4 de 1982, 6 de 1983, 7 de 1984, 6 de 1985, 7 de 1986 y 1987, 6 de 1988 y 5 de 1989.

² La letra del artículo, incluido en el título "*Delitos contra la honestidad*" señala que "será reprimido con prisión de quince días a un año, el que publicare, fabricare o reprodujere libros, escritos, imágenes u objetos obscenos y el que los expusiere, distribuyere o hiciere circular".

especiales respecto del uso del lenguaje en las publicaciones, por lo cual cabe deducir que el dominio sobre lo que se podía decir y lo que no se podía decir estaba sometido al arbitrio de los funcionarios en los órganos de control de contenidos. Sólo existieron algunos documentos de difusión limitada y redacción intencionalmente vaga³, probablemente con la intención de accionar mecanismos de autocensura preventiva en los propios periodistas. Tampoco hubo, quizás más previsiblemente, disposiciones legales de restricción de uso de lenguaje en el período democrático entre 1983 y 1989, en el cual de hecho se vivió un destape que permitió la profusión de los contenidos limitados durante el gobierno de la dictadura militar. No obstante, y aunque su materia de legislación fue la radiodifusión, en 1981 se promulgó la Ley 22.285, que, con diversas modificaciones, siguió vigente hasta el año de presentación de este trabajo. En su artículo 5 quedaba en evidencia la concepción sobre los medios de comunicación masiva: *“Los servicios de radiodifusión deben propender al enriquecimiento cultural y a la elevación moral de la población, según lo exige el contenido formativo e informativo que se asigna a sus emisiones, destinadas a exaltar la dignidad de la persona humana, el fortalecimiento del respeto por las instituciones y las leyes de la República y el afianzamiento de los valores inherentes a la integridad de la familia, la preservación de la tradición histórica del país y los preceptos de la moral cristiana. Las emisiones de solaz o esparcimiento recreativo no deben comprometer, ni en su forma ni en su fondo, la efectiva vigencia de los fines enunciados. El contenido de las emisiones de radiodifusión, dentro del sentido ético y de la conformación cívica con que se difunden los mensajes, debe evitar todo cuanto degrade la condición humana, afecte la solidaridad social, menoscabe los sentimientos de argentinidad y patriotismo y resienta el valor estético.”*

³ Como el Comunicado 19 y el documento elaborado por la Secretaría de Prensa y Difusión, con 16 puntos sobre los procedimientos de comunicación, firmado por el capitán de navío Luis Jorge Arigotti. Sobre ambos se ampliará información en el desarrollo de este trabajo.

En *Humor* no existía un manual de estilo en sentido estricto, así que tampoco allí podría constatarse de modo directo la definición interna de la publicación sobre malas palabras. De hecho, las normas eran muy flexibles en cuanto al uso del lenguaje, lo cual contribuía a la constitución de la identidad transgresora de la revista. Como señala el colaborador Santiago Varela, en una nota aparecida por el décimo aniversario de la revista, “*yo podía hacer notas que fueran una gran puteada desde el comienzo hasta el final, podía hacerlas, siempre y cuando les pusiera humor*”⁴.

Ante estas evidencias, se decidió trabajar sobre la aparición de esas malas palabras, reconocibles a partir del sentido común, observando regularidades y variaciones y analizando las significaciones allí contenidas, buscando a través de la indagación los parámetros de definición de las malas palabras según sus diversos contextos de uso.

Las líneas esbozadas en esta introducción serán desarrolladas a lo largo de esta tesina, que si bien no podrá responder al interrogante que inaugura esta sección, al menos intentará aproximarse a una mejor formulación del problema.

⁴ *Humor* nro. 221, junio de 1988, p. 111.

Marco teórico y metodológico

En esta sección se explicitan algunas herramientas teóricas y metodológicas utilizadas en la presente tesina. Por razones de organización del trabajo, las concepciones referidas específicamente a las malas palabras se desarrollan en un apartado específico posterior.

En líneas generales, esta tesina acuerda con la perspectiva materialista del análisis del discurso, que supone que los signos son parte de la superestructura ideológica y surgen en la interacción entre individuos socialmente organizados. Esta corriente reconoce como uno de sus fundadores al lingüista ruso Valentin Voloshinov, que, en *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (1929), establece que allí donde hay signo, hay ideología. Siguiendo esta idea, plantea que la palabra es el fenómeno ideológico por excelencia, ya que toda su realidad se basa en su función de ser signo, aunque lo que importa a los fines del análisis es más su omnipresencia social que su pureza semiótica. Enumera cuatro rasgos particulares de la palabra: pureza sígnica, neutralidad ideológica, capacidad de convertirse en discurso interno y ubicuidad en tanto fenómeno colateral de todo acto conciente. Cuando la palabra es empleada efectivamente se vuelve enunciado, la verdadera unidad de la comunicación discursiva, y recibe su completa significación a través del acento valorativo que le dan los usuarios en las distintas esferas ideológicas de la actividad comunicativa.

La significación debe analizarse entonces como fenómeno ideológico, ya que el signo refleja y refracta la base material, y en él se pueden cruzar acentuaciones ideológicas distintas. La palabra se vuelve enunciado en estos contextos de uso social determinados, motivo por el cual, en tanto participantes de los procesos discursivos, sólo decimos y escuchamos verdades y mentiras,

buenas y malas palabras, ya que todos los enunciados del mundo real poseen acentos valorativos.

Las vivencias y pensamientos, difusos y fortuitos, y algunas palabras y gestos del discurso interior, que ya han sido pulidos por la expresión externa, constituyen la ideología cotidiana. En los elementos del estrato inferior tiene cabal importancia el factor biográfico, que va perdiendo peso relativo a medida que se accede a elementos del segundo estrato, más directamente vinculados con las condiciones objetivas de existencia. La ideología cotidiana es un mundo caótico del discurso interior y exterior desordenado y no asentado, mundo que confiere un sentido a todo acto ético y a todo estado conciente. Los sistemas ideológicos articulados de la moral (ciencia, arte, religión) se cristalizan a partir de la ideología cotidiana y a su vez la influyen retroactivamente.

La estrategia dominante tiende siempre a la fijación de un significado, contra la multiacentuación resultado del conflicto por el sentido, que tiene en el signo su arena propicia. El discurso surge, entonces, como hecho de la lengua, unidad del medio verbal y unidad del acontecimiento comunicativo inmediato que, como intercambio concreto, es sólo un momento de un proceso generativo constante y multilateral de un colectivo social determinado.

Vinculado con esta misma perspectiva y contra las teorías que sostienen la formalización abstracta o la idealización subjetivista del lenguaje, Mijail Bajtin (1952-53) plantea un análisis del habla enfocado en la función comunicativa del lenguaje. Para esto establece el enunciado como unidad real de análisis, tomando en cuenta que todo discurso vivo tiene carácter de respuesta, más o menos directa, y está inserto en una cadena compleja de enunciados. La frontera de un enunciado está siempre demarcada por el cambio de sujeto discursivo, por los enunciados de los otros (que no sólo pueden ser respuestas concretas, sino también comprensiones silenciosas). Los enunciados son

conclusivos, ya sean una intervención dentro de un diálogo o un género secundario más amplio, a condición de que tengan sentido pleno en sí mismos⁵. Dentro de este esquema teórico se considerarán a las notas de la revista *Humor* como enunciados complejos.

La intención discursiva de un hablante se realiza en la elección de un género discursivo determinado⁶. Estos géneros organizan el discurso y permiten al sujeto trazar una expectativa de lo que dentro de ese tipo genérico sería esperable, aunque su tipicidad sea más flexible que, por ejemplo, la de las normas gramaticales. El enunciado, su estilo y composición, se determinan por el aspecto temático y por el aspecto expresivo. Si bien los recursos léxicos, morfológicos y sintácticos son neutros, adquieren emotividad dentro del contexto de un enunciado concreto y particular. No obstante, la selección de palabras (incluida aquí, por supuesto, la selección de malas palabras) siempre está influida por los usos anteriores en otros enunciados, sobre todo según su especificación genérica⁷.

Es necesario introducir otras aclaraciones. Se considera, siguiendo a Michel Pêcheux (1969), que hay una materialidad específica de lo ideológico sobre la materialidad económica y que existen formaciones ideológicas, a través de las cuales opera la interpelación, que contienen necesariamente una o más formaciones discursivas como sus componentes. Los procesos discursivos no tienen origen en el sujeto pero necesariamente se realizan a través de él, y la

⁵ *“Hay que prestar atención a la diferencia, sumamente importante, entre géneros discursivos primarios (simples) y secundarios (complejos); tal diferencia no es funcional. Los géneros discursivos secundarios (complejos) -a saber, novelas, dramas, investigaciones científicas de toda clase, grandes géneros periodísticos, etc.- surgen en condiciones de comunicación cultural más compleja, relativamente más desarrollada y organizada, principalmente escrita: comunicación artística, científica, sociopolítica, etc. En el proceso de su formación estos géneros absorben y reelaboran diversos géneros primarios (simples) constituidos en la comunicación discursiva inmediata”.* (BAJTIN, 1952-53: 250).

⁶ *“La elección se define por la especificidad de una esfera discursiva dada, por las consideraciones del sentido del objeto o temáticas, por la situación concreta de la comunicación discursiva, por los participantes de la comunicación, etc.”* (BAJTIN, 1952-53: 267).

⁷ *“La expresividad típica (genérica) puede ser examinada como la “aureola estilística” de la palabra, pero la aureola no pertenece a la palabra de la lengua como tal sino al género en que la palabra suele funcionar: se trata de una especie de eco de una totalidad del género que suena en la palabra”.* (BAJTIN, 1952-53: 278).

enunciación aparece así como una serie de determinaciones sucesivas por medio de las cuales el enunciado se construye gradualmente, planteando lo dicho y rechazando lo no dicho⁸. Las estructuras delimitan tendencias (en última instancia) pero no garantizan ideologías. Las condiciones reales existen, pero independientes e inaprensibles para la voluntad conciente y solo conceptualizables a través de la atribución de sentidos, ya que la ideología (como sistema de representación del mundo) interpela a los individuos en sujetos de manera inconciente.

Para el abordaje específico del análisis de un medio de prensa escrita como la revista *Humor*, se hará uso del concepto de contrato de lectura formulado por Eliseo Verón (1985), que alude a la relación entre un soporte de prensa y su lectura. Las condiciones de éxito de un contrato de lectura propuesto por un medio de masas depende de la articulación con las expectativas, motivaciones, intereses y contenidos del imaginario de lo decible visual, la capacidad de evolución de ese contrato para acompañar la evolución sociocultural de sus lectores y la posibilidad de modificar coherentemente ese nexo si la situación así lo exige. El conjunto de estructuras enunciativas que comunican el contenido en un soporte determinado es la materialización de ese contrato, de modo que allí debe enfocarse el análisis (coberturas, relación entre texto e imagen, modo de clasificación del material escrito, dispositivos de apelación, tipos de recorridos de lectura, etc.), observándose en estas propiedades las exigencias de regularidad, diferenciación y sistematicidad.

⁸ Esta afirmación reúne lo que Pêcheux denomina el olvido número uno y el olvido número dos: la del sujeto que olvida su interpelación, que opera en el nivel del inconciente, y aquella que alude a los procesos de enunciación en el diálogo, que opera en el nivel preconciente/conciente. (PÊCHEUX, 1969).

Por último, a modo de andamiaje teórico general y como herramienta, resulta especialmente productiva la teoría del espacio social del sociólogo Pierre Bourdieu (1975, 1979, 1984, 1987, 1992, 2000).

Bourdieu se plantea como desafío superar antinomias de las ciencias sociales como micro/macro, subjetivismo/objetivismo, análisis de lo simbólico/análisis de lo material, teoría/práctica, estructura/individuo. Para ello formula una teoría de alcance intermedio, que describe como una economía política unificada de las prácticas, un estructuralismo genético con base en una ontología no cartesiana⁹. La tarea de la sociología, así concebida, es develar las estructuras de los diversos mundos sociales y los mecanismos que tienden a garantizar su reproducción o transformación. Estas estructuras poseen una objetividad de primer orden -la distribución de los recursos materiales y de modos de apropiación de bienes y valores-, y una objetividad de segundo orden -en forma de esquemas mentales y corporales que constituyen la matriz simbólica de las prácticas de los agentes sociales-. Existe correspondencia entre estas estructuras, ya que están genéticamente ligadas.

La internalización de las estructuras de primer orden da lugar al habitus, principio generador de prácticas, esquemas mentales y corporales de percepción, disposiciones duraderas y transponibles que inscriben en el sujeto las coerciones de la realidad externa. Esta lógica de la práctica se vincula al mundo por aproximación, es un sistema simbólico que no sólo reproduce sino que construye (dentro de los límites de su estructura) las relaciones sociales. El concepto de habitus es indisociable de la noción de campo, conjunto de relaciones históricas objetivas entre posiciones ancladas en ciertas formas de capital, espacio de conflicto y competencia entre agentes sociales por el monopolio de cada capital específico.

⁹ Ya que rechaza la división entre objeto y sujeto (WACQUANT, 1992).

Bourdieu desarrolla, entre otras, la lógica específica del campo lingüístico, que resulta de cabal importancia en el análisis de las malas palabras. El autor indica que el discurso resulta de la suma del habitus y el mercado (o campo) lingüísticos. Señala que para que las palabras hechas discurso produzcan el efecto deseado, es necesario no sólo que sean gramaticalmente correctas, sino que sean socialmente aceptables, adecuadas a su contexto de uso. Al interior del campo lingüístico existen relaciones de fuerza que trascienden cada situación particular y son irreductibles a ella, que determinan las vinculaciones entre lengua dominante y lengua dominada, términos que se definen mutuamente. La lengua dominante instituye con la lengua dominada la relación de la cultura con la naturaleza, y esta lengua legítima es fetichizada (Bourdieu y Boltanski, 1975), ya que pretende olvidar su origen social para erigirse como eterna e inmutablemente oficial. Los usos populares (y en el caso de esta tesina las malas palabras están vinculadas a ellos) sufren un desclasamiento por parte de los profesionales de la producción del discurso, que los convierten en jerga o chabacanería. De este modo, los dialectos pasan de ser lenguas incomprensibles a ser lenguas corrompidas y groseras. Este fetichismo de la lengua se vincula con la ilusión substancialista que funda el sentimiento de distinción y vulgaridad, ya que según sostiene Bourdieu todo uso del lenguaje cumple la doble función de comunicar y distinguir¹⁰. Las clases populares son, en entornos oficiales, habladas por otros, ya que si bien reconocen el lenguaje legítimo, no lo conocen ni se sienten capaces de hacer uso de él. Agrega el autor que la relación de estas clases dominadas con el lenguaje es similar a la relación con el cuerpo: sólo aquel que no está aquejado por la urgencia de la subsistencia puede estilizar la vida, de modo que en el binomio cuerpo/mente predomina la razón, convirtiendo al lenguaje en privilegio

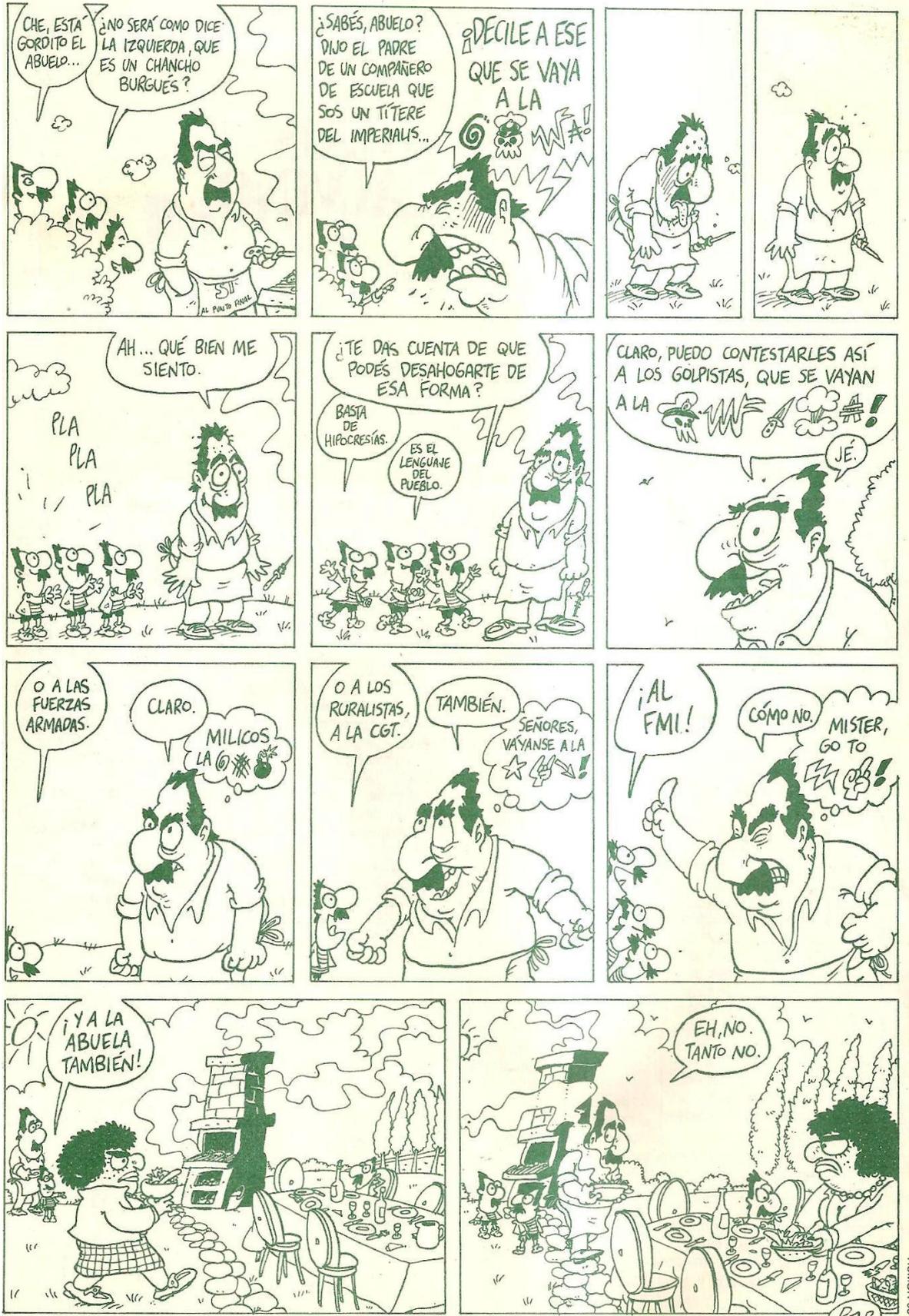
¹⁰ Señala Bourdieu que los enunciados se ubican así más cerca o más lejos del par distinguido/vulgar. En Bourdieu y Boltanski (1975).

de los que tienen acceso a la educación formal superior y dejando a las clases populares con su fuerza de trabajo (corporal) como único capital específico.

Por último, y vinculado con lo anterior, el habitus como esquema generador de prácticas engloba al ethos, ya que sus principios son necesariamente lógicos y axiológicos, y se incorporan de tal modo que hacia el exterior parecen innatos. El término ethos proviene del griego, y designa la manera de ser, el carácter, la disposición de espíritu y la manera de percibir que está en el origen de un modo de actuar en el mundo social. Bourdieu define así al ethos social como un conjunto más o menos sistemático de disposiciones prácticas vinculadas a la ética. Este carácter moral, considerado desde el punto de vista del habitus lingüístico, resulta una de las pistas principales para el análisis de las malas palabras.



98 HUMOR



PalabrOTAS

“*¿Por qué son malas palabras? ¿Le pegan a las otras palabras?*”. El humorista Roberto Fontanarrosa planteó este problema en la mesa redonda sobre español internacional e internacionalización del español, en el Congreso de la Lengua realizado en la ciudad de Rosario en 2004. Durante su intervención, se preguntó quién las define como malas palabras. Como instancia anterior ¿cómo se define el sintagma “mala palabra”?

Hay palabras que hacen cosas, el lenguaje tiene un carácter performativo (Austin, 1962). Las malas palabras, de acuerdo a las definiciones observadas hasta aquí, insultan, ofenden y van en contra de lo que se tiene por bueno. Puede afirmarse que no es la única función que cumplen.

Cabe, antes de continuar con este apartado, hacer un comentario sobre el proceso de búsqueda bibliográfica que se realizó para construir esta tesina. No existe una gran tradición teórica sobre las comúnmente llamadas malas palabras. Exceptuando algunos desarrollos desde el psicoanálisis, la etimología y la lingüística pragmática, particularmente desde la teoría de la cortesía lingüística, no existen obras de referencia universalmente aceptadas al respecto. Si bien los motivos del carácter inexplorado de esta área de la comunicación son difíciles de precisar, es posible vincularlo a la “indignidad” de la que adolecen ciertos objetos de estudio. A esta escasez de teoría se suma el hecho de que el uso de las malas palabras es específico de cada comunidad de habla, de modo que para utilizar los pocos conceptos elaborados a propósito de la problemática hay que realizar una adaptación al contexto particular de análisis, tanto en términos temporales como espaciales. Esa trasposición se intentará en este trabajo.

Hechas estas observaciones, una fuente de consulta significativa es el diccionario.

Los diccionarios son compendios del lenguaje legítimo, en tanto reúnen las palabras que una comunidad admite como pertenecientes a su repertorio lingüístico. Son instrumentos de una determinada política lingüística, pues colaboran en la tarea de “fijar” la lengua en una etapa histórica. Las acepciones que allí se incluyen son administradas por instituciones especializadas compuestas por expertos, las academias de la lengua¹¹, y son aceptadas (al menos como punto de referencia, incluso reconociendo su arbitrariedad) por la sociedad que hace uso cotidiano de ese repertorio lingüístico. Desde un enfoque materialista de análisis del discurso, en los listados de palabras que componen un diccionario hay un significado cristalizado de los términos, producto del triunfo de una acepción sobre otras. Allí se hace evidente la voz dominante en la lucha por el sentido, lo cual no implica que los procesos de puja por la asignación de sentidos se detengan. Es decir, el diccionario es un producto cultural que puede considerarse como resultado material de la dominación de la voz legítima, aunque las resistencias siempre se encuentran en lucha, imprimiéndole dinamismo al campo.

Utilizando como fuente principal el *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE) pueden reconstruirse algunas cadenas significantes en torno a la mala palabra.

Cabe destacar que en ninguno de los diccionarios consultados existe la construcción “mala palabra” como tal. De hecho, no existe traducción literal para “mala palabra” a otros idiomas (Bordelois, 2005). Los términos de partida son, por proximidad semántica, palabrota e insulto. A partir de allí se abre la siguiente

¹¹ En el caso del español, la institución rectora es la Real Academia Española de la Lengua, que cada diez años publica una gramática y un diccionario.

serie: palabrota / insulto / ofensa / indecencia / grosería / descortesía / vituperio / baldón / oprobio / ignominia / afrenta / deshonra / blasfemia / chabacanería.

Estas son las palabras que aparecen en el primer nivel de búsqueda. En el caso del *Diccionario Espasa-Calpe*, utilizado como fuente de búsqueda secundaria, palabrota aparece como palabra soez, grosera o malsonante, y el ejemplo de uso que se expone es “no se deben decir palabrotas”¹². En el DRAE refiere a un dicho ofensivo, indecente o grosero. En el caso de insulto, en los dos diccionarios se alude a la ofensa con palabras o acciones, definición asociada a la humillación pero también a “ir en contra de lo que se tiene comúnmente por bueno, correcto o agradable”¹³, los ejemplos de uso aquí son “ofender el olfato, el buen gusto, el sentido común”¹⁴.

Estas definiciones se expresan frecuentemente en términos negativos: utilizando los prefijos in- y des-, aludiendo a lo que no se debe, a lo que va en contra. De modo que, enunciada afirmativamente, una mala palabra (palabrota, insulto, grosería) es una palabra mala y soez, una palabra para no ser dicha, que ofende el buen gusto y el sentido común. En los mismos ejemplos de uso hay elementos esclarecedores: se remite al deber, y el carácter ofensivo (¿la maldad?) está condicionado por el gusto y el sentido común, siendo ambos conceptos complejos, no sólo particulares sino conflictivos al interior mismo de cada sociedad.

El hecho de que, en el lenguaje cotidiano, se designe las palabras de acuerdo con criterios de bondad/maldad, supone la implicación de la dimensión moral sobre los términos. Esa moral es siempre determinada por la clase hegemónica, aunque el proceso de lucha por la definición de la escala de valores dominantes es siempre dinámico, e incluso entre los diferentes campos

¹² Diccionario de la Lengua Española Espasa-Calpe www.wordreference.com

¹³ DRAE www.rae.es

¹⁴ DRAE www.rae.es

que componen una sociedad puede presentar variaciones relevantes. En este sentido tienen relación las malas palabras con la ideología cotidiana, concepto estrechamente vinculado al de sentido común que se menciona en el DRAE.

Existen registros de insultos en todas las épocas y, como indica Margarita Espinosa Meneses (2001), la carga semántica de las groserías es tal que las hace irremplazables. Esta autora acuerda con la noción de que el lenguaje puede insultar valiéndose de términos específicos (que varían de acuerdo con el contexto temporal y espacial), pero sostiene que estas malas palabras también representan una forma universal de catarsis para el dolor, el enojo o la impotencia. Las malas palabras ocupan una zona del lenguaje donde se recurre en busca de intensidad, sensualidad, violencia o transgresión. Como voz malsonante, la mala palabra se caracteriza porque el significante embiste allí al significado (Machado y Ureta, 2002).

Muchas malas palabras, si no la mayoría, están referidas al cuerpo. Un término que puede utilizarse como sinónimo de mala palabra, obscenidad, proviene del latín *scena*, *ob-sceno* refiere a aquello que no debe aparecer en escena o no debe mostrarse en público (Machado y Ureta, 2002).

Otro posible sinónimo de mala palabra, insulto, es arquetípicamente el que asigna una calificación negativa. El lingüista español José Antonio Millán (1999) cita dos clasificaciones existentes de insultos. En primer lugar, la de Gandolfi¹⁵, que reconoce cinco tipos de insultos: los “go away” (cualquier expresión que signifique “sal de aquí”), los “when you drop a vase” (cualquier expresión de contrariedad ante un accidente como la caída involuntaria de un objeto), los insultos sexuales, los insultos a la inteligencia y los insultos literarios e históricos. Luego menciona la clasificación de Mora¹⁶, que establece insultos a

¹⁵ Aparecido en *El Víbora*, número 230 (1999), p. 50.

¹⁶ Extraída del *Diccionario temático del español* de Rafael Mora.

la inteligencia, a la educación, a la bondad y a la valentía. Millán abre líneas posibles para el estudio de las malas palabras aunque no las desarrolla, y apunta que muchas veces el tema mezcla insultos, expletivos, palabras tabú, voces de jerga, blasfemias y refranes populares.

Desde las teorías de la (des)cortesía lingüística, Robin Lakoff (Brenes Peña, 2007) sostiene, basándose en el principio de cooperación en la interacción verbal de Paul Grice, que existe elección de determinadas estrategias de cortesía según la escala de costo-beneficio que la acción en cuestión supone para el hablante o el oyente. Geoffrey Leech, en este mismo sentido, con respecto del insulto, formula las máximas de generosidad, aprobación, modestia, acuerdo y simpatía. Penelope Brown y Stephen Levinson, retomando la teoría de la interacción de Erving Goffman y en particular la noción de *face*¹⁷, postulan que existen principios universales reguladores de las relaciones sociales vinculados a la cortesía, que funcionan para evitar el conflicto interpersonal latente en todo intercambio verbal. La principal objeción a todas estas teorías es su etnocentrismo y su sociocentrismo, ya que si puede pensarse en la cortesía como un principio universal de la acción humana, sus formas y aplicaciones varían enormemente de una situación comunicativa a otra y de una clase social a otra, por no mencionar el caso de la comunicación intercultural.

Con motivo de la segunda edición del *Diccionario del Habla de los Argentinos*, el director de la Academia Argentina de Letras (AAL), Pedro Luis Barcia, señala que “*no existen palabras buenas o malas, existen contextos en que las palabras se pueden usar o no*”¹⁸. Barcia afirma también que existe una gran producción de sentido en el campo escatológico y sexológico del lenguaje, las palabras normalmente consideradas groseras, pero que su constante

¹⁷ La fachada, o *face*, es, dentro del interaccionismo goffmaniano, la imagen favorable orientada a la recepción que de sí mismo posee un sujeto cumpliendo un rol en un contacto determinado.

¹⁸ Revista *Debate*, s/d.

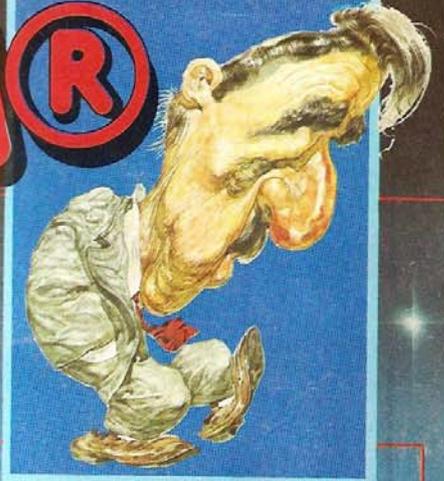
repetición en los medios masivos de comunicación hace que las malas palabras pierdan su peso específico. Más allá de la aparente apertura que Barcia demuestra en estos dichos, cabe resaltar el imperativo respecto de “*contextos en que las palabras se pueden usar o no*” proviniendo del director de la Academia que se ocupa, en gran parte, de definir lo oficialmente correcto o incorrecto en el lenguaje de los argentinos. Es interesante señalar que, desde su constitución en 1931, la AAL tiene como objetivo la defensa de la unidad idiomática del español reconociendo los rasgos específicos de la variedad argentina del castellano. Estas características nacionales se designan como peculiaridades, subordinándolas al rol de complementos de la afirmación del hispanismo de Cervantes y Quevedo (Contursi, Glozman, Lauria, y Rizzo, 2008) de modo que las malas palabras, elementos específicos del castellano rioplatense en el más amplio de los casos, no pasan en la concepción de la AAL de ser curiosidades locales del lenguaje.

De acuerdo a esta breve reseña teórica puede concluirse que, más allá de las diferentes perspectivas de partida de los autores, todos acuerdan en que la propiedad o impropiedad del uso de las malas palabras depende de su contexto de uso.

La voz dominante, materializada en el diccionario y expuesta en opiniones como las del director de la Academia Argentina de Letras, clasifica ciertas palabras como malas y/o inadecuadas, y esa misma prohibición aporta a fortalecer su potencia ilocutoria. Puede pensarse que son, en las páginas de *Humor*, un desvío, una marca de transgresión. Pero ¿qué sucede cuando ese desvío se repite y tiende a normalizarse? ¿Borra esta redundancia el carácter resistente que tenían inicialmente?

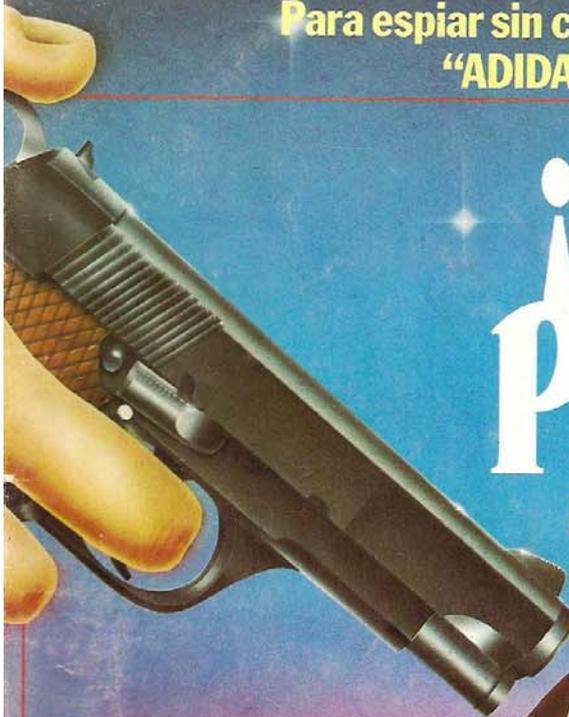
Revista Quincenal
de Ediciones de la Urraca
Nº 216 - Marzo de 1988
A 9,50 (Nueve australes y
la mitad del otro)

HUM®



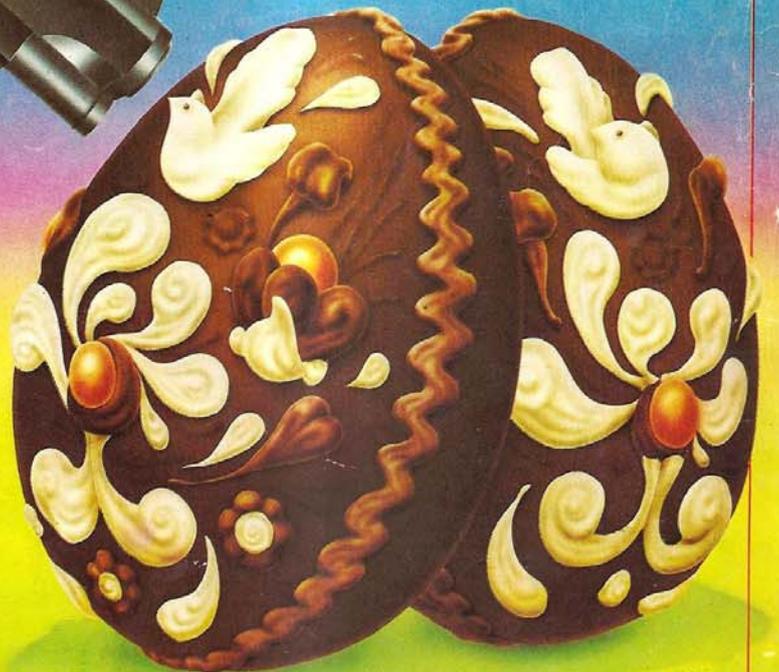
El "sketch" del año:
"MISERIA ESPANTOSA"

Para espiar sin cansarse:
"ADIDAS BAEZ"



¡Felices Pascuas!

Es para pegarse un tiro en los...



Drogas:
entrevista-informe

Cómo se iba
a escapar Monzón

Los testigos
hacen facha

Dramatización de
huelgas

(Y si quiere saber qué más hay adentro, rompa los huevos)

Contexto histórico. 1979 – 1989 en Argentina

La Junta Militar encabezada por el general Jorge Rafael Videla llegó al poder con amplio respaldo civil en marzo de 1976, proclamando el comienzo de un nuevo ciclo histórico en la Argentina. La situación caótica en que se hallaba sumido el país (debacle económica, crisis de autoridad y violencia generalizada, circunstancias que los militares poco habían hecho por evitar) fomentó el apoyo al golpe que prometía traer paz y orden a un país donde las soluciones de facto eran tristemente habituales.

El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional se declaraba como una *“reacción inevitable ante la anarquía moral”*, y sostenía que iba a *“recuperar el ser nacional”* y a restablecer el monopolio estatal de la fuerza *“extirpando de raíz”* (Caraballo, Charlier y Garulli, 1998) la amenaza marxista y reformulando los términos de la economía. Se apoyaba, en términos teóricos, en un conjunto impreciso de ideas de tinte nacionalista y liberal conocido como la Doctrina de Seguridad Nacional¹⁹.

La producción de subjetividades

El primer punto, difundido por el Proceso como la guerra contra la subversión, se llevó a cabo de manera verdaderamente radical por medio de un plan sistemático de represión conducido desde las más altas esferas de las Fuerzas Armadas. Si bien el argumento de la Junta fue el de librar la batalla contra las organizaciones guerrilleras en su propio terreno, el propósito más amplio fue eliminar todo activismo y toda expresión de pensamiento crítico, extendiendo el terror sobre la sociedad y desarticulando la movilización popular

¹⁹ Esta Doctrina fue consecuencia de la estrategia para América Latina trazada por el presidente John Fitzgerald Kennedy y reforzada luego por Richard Nixon. Las pruebas de este plan fueron halladas en los decretos clasificados firmados por Isabel Perón en 1975. (Caraballo, Charlier y Garulli, 1998).

consolidada en la década precedente. El silenciamiento de cualquier voz disidente se complementó con el discurso masivo y abrumador del Estado, que tomó los motivos del adversario, el orden y la sociedad enferma. Esta acción estatal fue internalizada, al punto que la autocensura y la vigilancia del otro se convirtieron en la base de las relaciones sociales, mostrando cuán profundamente arraigado estaba el autoritarismo en la sociedad argentina. Como señala el filósofo León Rozitchner (2004) se llevó adelante un proceso de producción de subjetividades individualistas propicias para la implementación del neoliberalismo, a través de la propaganda en el nivel de la conciencia y del terror en el nivel inconciente.

Pese a que la Junta estableció la pena de muerte, nunca la aplicó. Todo su accionar se llevó a cabo de manera clandestina mediante detenciones, secuestros, torturas, ejecuciones.

Hacia 1979 los grupos guerrilleros ya estaban prácticamente anulados, pero la estrategia del gobierno continuaba desplegándose. Los grupos de tareas operaban principalmente en las grandes urbes del país, secuestrando a cualquier persona que tuviera vinculación con algún tipo de actividad militante, partidaria o no. A los secuestrados se los conducía a diversos centros de detención clandestina y se los torturaba exigiendo nombres, fechas, lugares. El escritor Haroldo Conti, el obispo de La Rioja Enrique Angelelli, el ex embajador en Venezuela Héctor Hidalgo Solá, las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo Azucena Villaflor, Esther Ballerino y María Ponce integran la lista de 30 mil desaparecidos, término utilizado en diciembre de 1979 por el entonces presidente Videla, pero aprendido de las tácticas militares francesas en la guerra de Argelia e introducidas por la Escuela de las Américas en la década del '60. La escala y la metodología de esta represión brutal fueron las que permitieron hablar, posteriormente, de genocidio y terrorismo de Estado.

Contra el Estado, a través del Estado

La segunda cuestión central en la estrategia del gobierno militar, la convulsionada economía argentina y la conflictividad social en torno de ella, también fue encarada con medidas drásticas. En el diagnóstico de la Junta, la inestabilidad política y social crónica que aquejaba al país tenía su origen en la incapacidad del Estado de hacer frente a los actores corporativos de la economía, principalmente sindicatos y empresarios que, más allá de sus enfrentamientos cíclicos, sabían ponerse de acuerdo para utilizar en su favor los servicios del Estado benefactor.

José Alfredo Martínez de Hoz, primer Ministro de Economía del Proceso, fue el encargado de sentar las bases de la política económica transformando, irreversiblemente, la dinámica económica del país. Un primer grupo de medidas apuntó a desactivar cualquier tipo de actividad gremial (interviniendo fábricas y sindicatos, y prohibiendo las huelgas). Se congelaron los salarios que, dada la fuerte inflación, cayeron en términos reales alrededor de un 40%; se eliminó la regulación de las tasas de interés, una de las herramientas tradicionales del Estado para la transferencia de ingresos entre sectores; se quitaron los mecanismos de protección a la producción local; y se estableció, en diciembre de 1978, la llamada pauta cambiaria por medio de la cual el gobierno fijó la “tablita” de devaluación mensual del peso. El verdadero corazón de la economía se ubicó en el sector financiero, beneficiado por los créditos baratos y las tasas de interés liberadas, donde la masa de dinero se encontraba colocada a corto plazo y podía salir libremente del país si la coyuntura se mostraba desfavorable. La “bicicleta” financiera contrastaba fuertemente en su dinamismo con la agonía de la economía real, en imposibilidad de competir con los productos importados que inundaron el mercado y se favorecieron con la “plata dulce”.

Hacia principios de 1980, el precario equilibrio del sistema colapsó. El Banco Central decidió la quiebra de cuatro bancos privados, asumiendo sus

pasivos. A lo largo de 1981 el peso fue devaluado en un 400%, y en 1982 nuevamente el Estado se hizo cargo de las deudas en dólares contraídas por empresas privadas (muchas de las cuales sus propios dueños habían cubierto con salidas no autorizadas de divisa estadounidense). También a partir de ese año la ocupación, mantenida hasta ese momento estable por pedido especial del gobierno, descendió dramáticamente junto a los salarios reales. Además del endeudamiento, la consecuencia más visible de la reestructuración económica fue la concentración en manos de algunos grupos empresarios nacionales (vinculados a familias como Macri, Pérez Companc, Bulgheroni, Fortabat y grupos transnacionales de fuerte asiento en el país como Bunge&Born y Techint) que se valieron de ventajosos contratos con el Estado en la realización de obras públicas y en la gestión de actividades tercerizadas dentro de empresas estatales.

La mayor victoria argumentativa del equipo de Martínez de Hoz fue la combinación de la lucha antisubversiva y de la prédica contra el Estado. A tono con el discurso neoliberal que se expandía en el mundo a partir de las gestiones de Reagan en Estados Unidos y Thatcher en Gran Bretaña, se proponía reemplazar la dirección estatal por la regulación de mercado, utilizando para esta tarea, paradójicamente, todo el poder del Estado. Las grandes empresas de servicios públicos se mantuvieron en la órbita estatal, gestionadas por altos mandos militares. Los manejos discrecionales que se aplicaron las convirtieron en motores del crecimiento de las contratistas privadas, a la vez que se deterioraban allanando el camino para las posteriores y definitivas privatizaciones.

El comienzo del final

El avance de la corrupción en todas las esferas del gobierno y el agravamiento de la crisis económica derivaban en gran parte de la

fragmentación del poder en las mismas Fuerzas Armadas. La Junta estaba formada por tres grandes facciones: una primera tendencia comandada por el almirante Emilio Massera, que defendía una especie de populismo militar; una segunda liderada por los generales Carlos Suárez Mason y Luciano Menéndez, apegada al liberalismo más extremo; y un último grupo conducido por el mismo Videla y por el general Roberto Viola, que consideraba que un saneamiento económico podía desembocar en una eventual liberalización política.

Hacia 1980 Videla pudo imponer la continuidad de la hegemonía de su facción con la designación de Viola como presidente, pero los conflictos internos se hicieron cada vez más evidentes. Esto permitió que poco a poco se instalara el tema de la salida política del régimen y se levantaran algunas voces de protesta como las del sindicalismo combativo encabezado por Saúl Ubaldini, los grupos defensores de los derechos humanos como las Madres (que habían comenzado en 1977 las rondas reclamando por sus hijos desaparecidos) y las Abuelas de Plaza de Mayo y, a mediados de 1981, los partidos políticos reunidos en la Multipartidaria²⁰.

Una enfermedad de Viola dejó lugar al Jefe del Ejército, el general Leopoldo Fortunato Galtieri, que asumió la presidencia a fines de 1981. Galtieri se lanzó a la política de forma enérgica, con la intención de consolidar su propio liderazgo en una prometida pero difusa salida institucional. Designó como Ministro de Economía a Roberto Alemann, que definió como sus prioridades “*la desinflación, la desregulación y la desestatización*” (Romero, 1994:315) haciendo manifiesto el acuerdo con las fórmulas de Martínez de Hoz e incluso rodeándose de buena parte de su gabinete. En lo inmediato, sin embargo, la recesión se agudizó.

²⁰ La prohibición política terminó de hecho en 1981, cuando el gobierno de facto convocó a grupos de derecha para constituir una fuerza política oficialista. El radicalismo, el peronismo, el desarrollismo, la democracia cristiana y los intransigentes conformaron, entonces, la Multipartidaria, que se comprometía a no aceptar una salida democrática condicionada.

El último estertor

En este contexto se concibió el plan para ocupar las Islas Malvinas, acción que permitiría encolumnar a las Fuerzas Armadas tras una misión común, recuperar la legitimidad militar ante la sociedad civil y encontrar una solución al litigio con Chile por el canal del Beagle. El éxito, estimaba Galtieri, se apoyaba en la suposición de que Gran Bretaña no desplegaría sus fuerzas por un par de islas productivamente irrelevantes, y de que Argentina contaría con el respaldo de Estados Unidos.

Las concentraciones espontáneas en Plaza de Mayo, así como en las capitales provinciales, parecieron dar la razón a las presunciones del gobierno. El apoyo civil fue casi unánime. No obstante, rápidamente el resto de los pronósticos se mostraron equivocados. La reacción en Gran Bretaña fue capitalizada por los sectores conservadores del gobierno de Margaret Thatcher, y contó con el respaldo de la Comunidad Europea, del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y del gobierno estadounidense. Si bien los países latinoamericanos declararon su solidaridad con Argentina, no representaron un contrapeso desde el punto de vista práctico.

La manipulación de la información durante la Guerra fue absoluta pero hacia el mes de mayo, un mes después del desembarco argentino en las islas, el peso de la evidente derrota se hizo ineludible. La rendición se produjo el 14 de junio, luego de setenta y dos días de guerra. El resultado para Gran Bretaña fue la victoria electoral del otrora impopular gobierno de Thatcher, mientras que en Argentina el Ejército terminó de destruir su reputación, hecho materializado en el informe sobre la guerra realizado por la comisión especial de las Fuerzas Armadas presidida por el general Benjamín Rattenbach²¹.

21 El *Informe Rattenbach* criticó al Ministro de Exterior Nicanor Costa Méndez por haber equivocado las predicciones sobre las reacciones de Gran Bretaña y Estados Unidos, impugnaba

Galtieri fue sucedido por el general Reinaldo Bignone, candidato del Ejército, designado ante el retiro de la Marina y la Aeronáutica de la Junta Militar. Esta situación intestina, sumada a la creciente movilización popular en repudio a la dictadura, hizo que el final del Proceso y la apertura política no fueran negociables a la manera que los militares -y quizás algunos partidos políticos- hubieran querido.

El fervor democrático

La renacida organización de la población se manifestó en los campos más diversos, y en todos ellos la participación adquirió significado político²², aunque no necesariamente se tradujo en demandas específicamente políticas. El enemigo común -la dictadura militar- alentaba la solidaridad y reunía los distintos reclamos sectoriales en el clamor por la democracia. La confianza depositada en el sistema democrático, no obstante, relegó en cierta medida la discusión sobre las medidas concretas necesarias para la salida de la caótica situación del país.

El panorama electoral fue concentrado por la Unión Cívica Radical y el Partido Justicialista, y completado con la Unión de Centro Democrática y el Partido Intransigente como primeras minorías. Los dos partidos mayoritarios se comprometieron a abolir la tortura y la censura, a imponer la autoridad del gobierno civil sobre las Fuerzas Armadas, a adoptar una actitud firme ante los acreedores externos y a reducir la inflación.

El líder radical Raúl Alfonsín ganó las elecciones del 30 de octubre de 1983 con el 52% de los votos, sobre el 40% del candidato peronista Ítalo Luder.

los inadecuados preparativos para la invasión, la adopción tardía de medidas económicas de emergencia y los ficticios informes de victorias argentinas en el campo de batalla. (Rock, 1988:469).

²² Como dato ilustrativo, en 1983 unas 5 millones de personas se afiliaron a algún partido político en el país. En www.historiadelpais.com.ar

Este histórico triunfo se debió al carisma personal de Alfonsín y a su habilidad para decodificar las demandas del pueblo argentino tanto como a la disgregación en que se hallaba sumido el peronismo luego de la experiencia de 1974. A esta desorganización se sumó la denuncia de Alfonsín sobre el pacto militar-sindical que ligaba al jefe de las 62 Organizaciones, Lorenzo Miguel, con el teniente general Cristino Nicolaides²³, y el rechazo que en gran parte del electorado generaban figuras como el candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires por el peronismo, Herminio Iglesias. La UCR alcanzó una proporción de votos enorme²⁴, pero perdió en las provincias tradicionales y no obtuvo mayoría propia en la Cámara de Senadores.

Un país moderno

En el diagnóstico de la crisis, los problemas económicos parecían menos urgentes que los políticos. Las consignas generales, tendientes a la eliminación de todo rasgo autoritario, fueron la modernización cultural, la participación y el pluralismo. Algunas medidas en este sentido fueron la eliminación de la censura previa, la puesta en marcha de un programa de alfabetización masiva, la reapertura de las casas de estudio y la aprobación de las leyes de divorcio vincular y patria potestad compartida. Estas últimas normativas le valieron a Alfonsín la crítica abierta de la Iglesia Católica que, alentada por la orientación conservadora impresa por el Papa Juan Pablo II, asumió el papel de censor social ante el tono laico del discurso estatal y el destape cultural advenido con el ejercicio creciente de la libertad de expresión.

Este destape se convirtió, en algunos casos, en un show mediático del horror, ya que circularon torturadores “arrepentidos” por todas las publicaciones

23 Según lo declarado por Alfonsín, los militares ayudarían al peronismo en las elecciones a cambio de poner fin a las investigaciones sobre desaparición de personas durante la dictadura.

24 La UCR obtuvo el 51,75% de los votos, seguida por el PJ con 40,16%, el PI con el 2,33% y el MID con el 1,9%. En la Cámara de Diputados, la UCR se impuso con 129 representantes contra 111 del PJ, no así en la Cámara de Senadores, donde la UCR obtuvo 18 bancas contra 21 del PJ. En www.historiadelpais.com.ar

y programas televisivos del país, narrando los horrores de la represión ilegal. Existía una necesidad de conocer la verdadera historia y esa verdad (hasta morbosa) vendía en un mercado muy golpeado por la crisis generalizada²⁵.

Juicio y castigo, punto final y obediencia debida

En lo relativo al reclamo de castigo a los culpables del genocidio, el gobierno optó en primera instancia por una solución a mitad de camino entre el Nuremberg exigido por gran parte de la civilidad y la absolución solicitada por la corporación militar. Reunió a la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, que con la guía del escritor Ernesto Sábato documentó no menos de 30 mil casos de detención ilegal, compilados en el informe *Nunca Más*. También se reformó el Código de Justicia Militar, estableciendo una primera instancia castrense y otra civil, y se dispuso el enjuiciamiento de las tres primeras Juntas Militares junto con las cúpulas del Ejército Revolucionario del Pueblo (en realidad ya extinguido) y Montoneros. A fines de 1985 se conoció el fallo que declaró culpables a los jefes de las Juntas, negando la existencia de una guerra que justificara sus acciones, y se procedió a citar a oficiales de menor graduación, encargados de las operaciones. Esto convulsionó al grueso de las Fuerzas, que consideraba a los citados como ejecutores pero no como responsables de la represión. Ante la tensión creciente, el gobierno dictó las leyes de Punto Final, que ponía un límite de dos meses para las citaciones, y de Obediencia Debida. En este clima ocurrió el acuartelamiento del teniente coronel Aldo Rico en Campo de Mayo, exigiendo la solución al tema de las citaciones y la reconsideración de las acusaciones hacia el Ejército. La reacción de la sociedad fue de unánime rechazo, y si bien el resto de las Fuerzas Armadas no se pronunciaron a favor de los carapintadas, tampoco actuaron para obligarlos a

²⁵ Como ejemplo ilustrativo, en 1983 dejaron de imprimirse al menos 13 diarios en todo el país, y si bien la cantidad de lectores aumentó, se debió más al incremento del readership (circulación de un mismo ejemplar entre varios lectores) que a un crecimiento de las ventas (Ulanovsky, 1997).

deponer su actitud. El gobierno acordó la sanción de la Ley de Obediencia Debida y los rebeldes no presentaron condiciones a su rendición. No obstante esta solución, prácticamente inocua²⁶, el suceso fue vivido como una muestra de la incapacidad del gobierno para doblegar a la corporación militar.

Conflictividad social y “economía de guerra”

Los sindicatos fueron normalizados hacia 1985, ya que todos se hallaban en situaciones irregulares²⁷. En la mayoría de ellos, las viejas conducciones -en casi todos los casos ligadas al peronismo- resultaron confirmadas. En menos de cuatro años la CGT organizó trece paros generales, con reclamos de muy diversa índole, cifra que permite hacerse una idea del clima de descontento general de los trabajadores, y de la escasa colaboración que los sindicatos estaban dispuestos a prestar al gobierno radical. Su Secretario General, el dirigente de la pequeña Federación de Cerveceros, Saúl Ubaldini, fue el que permitió mantener el delicado equilibrio entre las corrientes sindicales.

A pesar de que los problemas económicos parecían revestir menor urgencia para el gobierno constitucional, la aplicación de medidas contra la crisis era imperiosa. La inflación estaba instalada desde mediados de 1982, y el déficit fiscal y la deuda externa estaban en permanente crecimiento. Los grupos que se beneficiaban con los contratos estatales se habían hecho lo suficientemente fuertes como para impedir cualquier intento de modificación de esa situación de privilegio, mientras que el Estado se hallaba en quiebra por la imposibilidad de mantener el sistema de servicios sociales ante el enorme descenso de la recaudación. Durante el primer año de gobierno, el Ministro de Economía

²⁶ La Ley de Obediencia Debida que los sublevados reclamaban como condición para capitular era una medida ya decidida, por lo cual en términos concretos esta negociación política no requirió ningún otorgamiento especial por parte del gobierno constitucional.

²⁷ Por acción del gobierno de facto, muchos sindicatos estaban intervenidos, sus direcciones eran provisorias o venían prorrogándose desde 1975.

Bernardo Grinspun aplicó medidas anticrisis clásicas con algún éxito pero sin perspectiva de cambio real, ya que el aparato productivo argentino estaba tan deteriorado que no podía reaccionar con la eficiencia esperada. A principios de 1985, con la inflación a punto de convertirse en híper y un alto grado de conflictividad social, Grinspun fue reemplazado por Juan Vital Sourrouille. En el mes de abril, luego del episodio carapintada de Semana Santa, el presidente Alfonsín declaró que el país se encontraba en “economía de guerra”, y al mes siguiente se anunció el Plan Austral. Se congelaron salarios, precios y tarifas de servicios públicos, se regularon los cambios y las tasas de interés, se suprimió la emisión de moneda y se eliminó la indexación. Como símbolo de una nueva etapa, el peso fue reemplazado por el austral. La inflación se frenó hasta fines de ese año, pero en 1986 recomenzó la especulación debido a la caída del precio internacional del cereal y al reblandecimiento de la disciplina social en torno de las medidas, por lo cual la CGT presionó contra el congelamiento de salarios y los empresarios -liderados por los sectores rurales- contra el congelamiento de precios. Hacia 1987 el gobierno viró su política de defensa del interés público y se recostó sobre las corporaciones empresariales ligadas al Estado, posición que no fue bien vista por la sociedad civil, principal apoyo del gobierno radical hasta el momento. Un nuevo plan de reforma impositiva y privatización, que contaba con el aval de los organismos de crédito externo, fue propuesto en julio de 1987, pero no contó con el respaldo ni con la fortaleza política para ser aplicado.

En septiembre de 1987 el radicalismo perdió las elecciones -la mayoría en la Cámara de Diputados y casi todas las provincias- ante el avance del peronismo, particularmente de la corriente renovadora, que incluso se había escindido del resto del bloque justicialista en el Congreso. A partir de ese momento, el clima de inestabilidad fue creciente.

Los militares aprovecharon esta debilidad, y a fines de 1988 el coronel Mohamed Alí Seineldín encabezó una nueva sublevación carapintada. El gobierno aparecía claudicante ante la sociedad y no acertaba a conformar a los oficiales, que seguían reclamando amnistía y consideración de la represión ilegal como “guerra contra la subversión”. A principios de 1989 un desprovisto grupo terrorista asaltó el cuartel de La Tablada²⁸, suceso que dio a las Fuerzas Armadas la posibilidad de demostrar su capacidad de aniquilamiento y cuyas repercusiones en la civilidad, que apoyó la acción militar, dejaron entrever que a la larga los militares aparecerían para gran parte de la opinión pública si no como héroes nacionales, al menos como solución inevitable.

En febrero de 1989, seis meses después de la puesta en marcha del Plan Primavera -un intento del gobierno para llegar a la transición con la inflación controlada- el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional anunciaron que no habría más créditos para la Argentina. Se desató así una hiperinflación que destruyó la moneda misma, acompañada de un estallido social que incluyó saqueos en varias de las mayores ciudades del país.

Síganme...

Las elecciones de mayo de 1989 resultaron en una aplastante victoria con más del 47% de los votos para el candidato justicialista Carlos Menem, miembro de la renovación pero portador de un estilo caudillista y en excelentes relaciones con las corporaciones empresarias. Menem rehusó toda colaboración en la transición, por lo cual el traspaso previsto para diciembre debió ser anticipado para julio, luego de la renuncia de Raúl Alfonsín.

²⁸ Un grupo de unos 40 miembros del Movimiento Todos por la Patria, al comando de Enrique Gorriarán Merlo, tomó por asalto el cuartel del Regimiento III de La Tablada. La versión oficial señaló que la acción tuvo como objetivo boicotear un levantamiento carapintada que tendría lugar en esa dependencia militar, pero la escasa razonabilidad de los acontecimientos inclinó las hipótesis hacia una operación de inteligencia para desactivar el MTP.



Humor

El primer ejemplar de la revista *Humor* salió a la venta el 1 de junio de 1978, calificado (sólo aquel número inaugural) como de exhibición limitada, por lo cual apareció en los kioscos parcialmente cubierta por un envoltorio plástico. *Humor* se reconoció heredera directa de *Satiricón*²⁹ y se inscribió en la corriente del periodismo moderno independiente, diferenciándose así de la larga tradición del humor satírico faccioso en la Argentina³⁰. Su aparición coincidió con el nacimiento del género interpretativo, producto de la llegada del nuevo periodismo a los medios masivos³¹. En esta línea, *Humor* se convirtió en una revista de análisis de la información y construyó su credibilidad, en gran parte, apoyándose en el prestigio de los periodistas que escribieron en sus páginas y en la empatía entre fuente y audiencia. Fenómenos similares se produjeron en los contextos represivos de Brasil y Uruguay con las publicaciones satíricas *O Pasquim* y *Gambia*, respectivamente.

Aunque con variaciones a través de la década que constituye el recorte temporal de esta investigación, *Humor* presentó una regularidad en su estructuración interna. Las tapas exponían un tema de actualidad a través de una caricatura -en general firmada por el director Andrés Cascioli, aunque también Nine fue autor de varias portadas- acompañada de una leyenda alusiva

²⁹ *Satiricón* nació en 1972, de la mano de Oscar y Carlos Blotta y Andrés Cascioli. Muchos de los periodistas que luego formaron parte del staff de *Humor* colaboraron en esta revista, que tuvo una vida editorial accidentada: fue clausurada en 1974 por el gobierno de María Estela Martínez de Perón, reapareció en 1975 para cerrar nuevamente en 1976 con el golpe de Estado, reabrió en 1983 hasta 1986 y resurgió brevemente entre 2004 y 2005, en ambos casos cerrada por decisión editorial.

³⁰ Los principales exponentes del humor político en medios gráficos fueron las sátiras del Padre Castañeda entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, y las revistas *El Mosquito* en la segunda mitad del siglo XIX y *Caras y Caretas* en la primera mitad del siglo XX, entre otros.

³¹ El nuevo periodismo nació en Estados Unidos en la década del '60, fusionando elementos literarios y periodísticos, y utilizando recursos narrativos considerados incorrectos en el periodismo tradicional. Algunos de sus mayores exponentes fueron Truman Capote, Ernst Hemingway y Tom Wolfe.

en tono mordaz y de algunos titulares del contenido principal del número en cuestión.

Varias de las secciones también tuvieron continuidad durante todo el período.

De todo un poco

Una de las secciones que se mantuvo, incluso en su ubicación al inicio de la revista, fue *“Nada se pierde”*, un compilado de notas de color variadas: erratas de otros medios periodísticos, fotografías curiosas, declaraciones equívocas de personajes de actualidad, avisos de cursos. También se mantuvieron, en estas primeras páginas, *“Los insufribles”*, *“El porforro de la quincena”*, *“El sátiro de los baños”*, *“La ruta de los corsarios”*, *“Sabiduría árabe”*, el *“Romancero del Eustaquio”*.

“Los insufribles” perduró durante todos los ejemplares, y consistía en un listado variopinto de actitudes, personas, lugares, canciones, etc., de carácter fastidioso, redactado en clave humorística. *“El sátiro de los baños”* apareció en los números iniciales, pasando revista del estado deplorable de diversos baños públicos de la ciudad de Buenos Aires. *“La ruta de los corsarios”* también se publicó durante los primeros años, relatando hechos reales de estafas cotidianas, particularmente precios elevados en diversos rubros comerciales. *“Sabiduría árabe”* era un verso cómico firmado por un apócrifo *“Bolud-el-kotur”*, mientras que el *“Romancero del Eustaquio”* era un pequeño relato donde el personaje central siempre acababa mal por culpa de su candidez. *“El porforro de la quincena”* se lanzó en diciembre de 1986 y se mantuvo aproximadamente hasta septiembre de 1987, su nombre satirizaba al *“Porfolio”*, juego publicado por el diario *La Nación* basado en cotizaciones de Bolsa, y en *Humor* consistía en la publicación del relato de la desventura (real) de algún lector (en general

pequeñas o medianas estafas), que se hacía acreedor de una suscripción a la revista.

Editoriales

Los editoriales se encontraban junto al sumario de cada ejemplar. El tema del editorial abordaba el de la nota de tapa, juzgando en nombre de la opinión pública y refutando posiciones contrarias a las de la línea de la revista, en modalidad interpretativa -sometiendo los hechos a un análisis minucioso- o polémica -refutando hipótesis ajenas-. En muchos casos el editorial explicaba el sentido de la caricatura de tapa, suavizándolo.

Un caso digno de mencionar es el del número 71, cuando se respondió a una nota salida en noviembre de 1981 en *Esquiú Color* firmada por Héctor Simeoni, donde se acusaba a *Humor* de ser corrosiva y nihilista “*ofreciendo algunas palabrotas, dibujos en el límite de lo obsceno y alguna nota sobre sexo*”, que el periodista calificaba como “*subversión pura*” (Lafourcade, 2004).

Otros casos interesantes se daban cuando el editorial tomaba forma de diálogo de redacción, donde el director, el jefe y el secretario de redacción debatían sobre la conveniencia de alguna tapa polémica. El primer editorial en este formato fue la del número 24, del mes de diciembre de 1979, en el cual se discutía la caricatura de portada que mostraba a un esquelético Videla con una banda presidencial que decía “*Industria argentina*”, asediado por las pirañas de la importación. Allí, quizás como táctica para evitar la censura, la voz de Cascioli señalaba “*A mí me parece que este gobierno es bastante accesible a la crítica humorística. ¿Landrú, Tato Bores y Sabat tienen coronita?*”, y el secretario de redacción secundaba “*¿Sabén qué pienso yo? Que Videla es un tipo con sentido del humor. Es una idea que tengo. Me parece, qué sé yo... No me lo imagino clausurando una revista porque no le gustó una caricatura*”.

Cartas de lectores

La sección dedicada a las cartas de lectores se titulaba “*Quemá esas cartas*”. En los primeros años se destacaban la “*Cartaza piola*” y “*La Cartita tontuela*” de la quincena, y en todos los casos se respondía, al menos brevemente, a cada una de las misivas publicadas. Esta sección dio lugar muchas veces a denuncias, al principio veladas y luego abiertas, sobre la violación de los derechos humanos durante la dictadura militar. Con el advenimiento de la democracia aparecieron también reclamos hacia el gobierno, sobre todo en lo vinculado al desempleo y al mal funcionamiento de los servicios públicos. En los primeros años de *Humor*, el correo de lectores ocupaba no más de cuatro páginas, extensión que llegó a duplicarse hacia el final del período de análisis.

Espectáculos

Las notas de espectáculos estaban ligadas, sobre todo, a la sección denominada “*Picadillo Circo*”, nombre que resulta sugestivo respecto de qué público era el que *Humor* definía como audiencia, ya que no cualquier lector sabría que aludía a la esquina del West End londinense. Fue una de las secciones más significativas en cuanto a cantidad de páginas, y dio origen a varias secciones referidas a temas más específicos: las críticas de cine, TV y teatro en un apartado llamado “*Entrada libre*” y “*La bolsa del espectáculo*” sucesivamente; las críticas de discos en “*Los rayados de Humor*” y la información vinculada al rock en “*Las páginas de Gloria*”; los chismes en “*Calumnias, injurias y...*”. Dos apartados más son dignos de mención particular: “*Cortes y confesión (en busca del tiempo afeitado)*”, que apareció en los años de la dictadura, pasando revista a la censura impuesta sobre la cinematografía, y “*Caín*”, aparecida en 1987, que se presentaba como un fascículo casi

independiente de la revista, con temática cultural y estética propia, dirigiéndose claramente a un público joven que la revista creía estar perdiendo.

Deportes

La sección deportiva de *Humor* se llamaba “*Pelota*”, y permaneció siempre al final de la publicación, ocupando entre 8 y 10 páginas. Dirigido por Tomás Sanz, solía tener un editorial específicamente deportivo en su primera página, una serie de notas de color y una nota central de opinión donde generalmente había investigación y denuncia, firmada por el periodista Walter Clos.

Análisis político

Hacia 1980 aparecieron notas de análisis político, que si bien no estaban incluidas en una sección particular tuvieron continuidad y aumentaron su presencia a partir de 1983. Estas notas estaban siempre firmadas, y los periodistas que allí intervinieron fueron en gran parte los encargados de darle credibilidad a *Humor* como revista “seria”. Algunos de ellos fueron Jaime Emma, especializado en temas de historia y derecho; Héctor Ruiz Núñez, que en democracia encabezó las secciones “*Por una Argentina ética*” donde realizaba investigaciones sobre todo tipo de denuncias y “*Promesas electorales*” donde hacía un seguimiento de los compromisos de la plataforma electoral del presidente Raúl Alfonsín; Enrique Vázquez y José Pablo Feinmann, que durante el gobierno de la UCR formaron una curiosa dupla dentro de la revista ya que ambos eran militantes confesos, el primero radical y el segundo peronista.

Reportajes

El reportaje estaba a cargo de Mona Moncalvillo y ocupaba la sección central de la revista a lo largo de aproximadamente ocho páginas. Es destacable

la profundidad y extensión que estas entrevistas tenían, muchas veces vehículo de denuncias o declaraciones que la propia revista no podía editorializar. Los personajes reporteados fueron muy diversos, provenientes de los ámbitos de la política, el espectáculo y la cultura, como María Elena Walsh, Helvio Botana, Joan Manuel Serrat, Ismael Viñas, Manfred Schöpfung, Antonio Seguí, Norman Briski, Salvador Sammaritano, Luis Macaya y Tato Bores, entre otros.

Notas ilustradas

Una modalidad innovadora surgida en *Humor* fueron las notas ilustradas, elaboraciones a medio camino entre la noticia y la historieta que trataban tanto temas candentes como de interés general. Por ejemplar había al menos dos de estas notas, que ocupaban de dos a tres páginas cada una. El autor más frecuente de estas notas era el dibujante y guionista Alfredo Grondona White.

Historietas

Las historietas siempre tuvieron gran presencia en *Humor*, no sólo por su recurrencia sino por la relevancia a nivel de contenido crítico de la realidad que en ellas se leía. “*El cacique Pajabrava*” -la historia de un apócrifo cacique con aficiones onanistas- y “*Vida interior*” -el universo de los habitantes microscópicos del cuerpo humano- de Fabre y Tabaré no solían tratar temas de actualidad, y su comicidad se apoyaba (sobre todo en el caso de *Pajabrava*) en lo soez. “*Las puertitas del señor López*” de Trillo y Altuna, que narraba las fantasías de un gris hombre de clase media, “*El doctor Piccafeces*” de Grondona White y “*La clínica del doctor Cureta*” de Ceo y Meiji -que trataban de un abogado y un médico inescrupuloso, respectivamente- mostraban desde distintos ángulos la corrupción de la sociedad, en muchos casos apoyándose en episodios y personas reales. “*Boogie el aceitoso*” de Fontanarrosa y “*Los desestabilizadores*” de Lawry trataban sobre mercenarios, mano de obra desocupada (ex comandos

parapoliciales de la dictadura) exhibiendo la simpatía de muchos sectores civiles con la represión. “67 bis” de Meiji y Peni fue un caso curioso, ya que nació en apoyo a la promulgación de las leyes de divorcio vincular y patria potestad compartida, y subsistió luego de su aprobación cambiando su nombre a “Desvínculos” haciendo un relato costumbrista de las nuevas familias constituidas por padres divorciados. “Los Alfonsín” de Rep apareció sobre mediados del gobierno democrático, su protagonista era el mismo presidente y su esposa Lorenza, rodeados de personajes de ficción que encarnaban diferentes posiciones ideológicas -tres nietos, uno de ellos anarquista, una empleada doméstica peronista y un chofer socialista-. “Infierno en la torre” de Maicas y Fortín se apoyaba en la convivencia dentro de un edificio, abordando frecuentemente temas de actualidad como la inflación y los servicios públicos, desde la óptica del ciudadano promedio.

Como señala Andrea Matallana en su libro *Humor y política* (1999), pueden reconocerse tres períodos en el desarrollo de la revista. Un primer momento entre 1978 y 1983, en el cual la crítica al gobierno de facto pasó del interior de la publicación a la tapa, virando desde un discurso crítico a uno abiertamente combativo, en el cual puede fijarse como punto de inflexión la derrota de Malvinas³². En esta etapa la tirada fue creciendo hasta los cuatro millones de ejemplares en 1982. Una segunda fase, entre 1984 y 1989, se caracterizó por la disminución de números a la venta (que se estancó en un millón de ejemplares³³), y su estilo discursivo que se volvió más pluralista. Una

³² En el fragor de la complacencia de la prensa nacional, que se alineó incondicionalmente con la aventura bélica comandada por el entonces presidente Leopoldo Fortunato Galtieri favoreciendo la desinformación, *Humor* intentó marcar una diferencia. Se mostró de acuerdo con la causa de recuperación de las Islas Malvinas, no así con la forma de proceder del gobierno de facto. El desprestigio del Proceso luego de la derrota en la guerra dio lugar al cuestionamiento sobre su legitimidad y a los primeros reclamos abiertos de democratización.

³³ Este estancamiento en las ventas fue producto tanto de la recesión general de la economía como de las posturas pro alfonsinistas de *Humor*. Este carácter “demasiado alfonsinista” que Matallana atribuye a *Humor* puede explicarse señalando que, como dijera Carlos Ulanovsky en las *Jornadas de reflexión Medios, comunicación y dictadura*, con la apertura los periodistas debieron

tercera etapa se abrió en 1989, con el triunfo del menemismo, y se extendió hasta su cierre por motivos económicos en 1999, año en el cual también quebró Ediciones de la Urraca.

“*Sólo una revista de humor*”, se autocalificaba la publicación, sobre todo en sus primeros años en que las tapas estaban aún dominadas por personajes del espectáculo y el deporte locales. Esta suerte de eslogan puede interpretarse como una táctica de supervivencia (en sentido literal) ante la persecución del Proceso³⁴. Si bien nunca hubo una explicación certera sobre las razones de la tolerancia de la dictadura militar hacia una publicación crítica como *Humor*, es posible que la Junta la considerara una pantalla para jactarse del ejercicio de la libertad de expresión en el país, permitiéndola en la convicción de que era un canal de comunicación si no elitista, al menos de corto alcance³⁵. Esta presunción tenía algún fundamento, ya que efectivamente la revista se dirigía, principalmente, a lectores de clase media intelectual. Las advertencias del gobierno de facto se referían, al menos en sus advertencias públicas, más a los posibles elementos soeces³⁶ (caricaturas, chistes de doble sentido, algunas malas palabras) que a lo políticamente peligroso. El único episodio de censura explícita ocurrió con el número 97, que fue secuestrado por orden del entonces presidente Bignone por desprestigiar a un alto mando militar (la tapa ilustraba al comandante Cristino Nicolaidis cayendo de una patineta), aunque presumiblemente los verdaderos motivos fueron la transcripción del diálogo entre el auditor del ejército y el juez Narváiz en una nota de Enrique Vázquez, y el

repensar el trabajo en democracia y mostraron dudas sobre el poder desestabilizador de la crítica directa. De este modo, la precaución se interpretó, en lectores de otros signos políticos, como una toma de posición (que en el caso de algunos periodistas era explícita) (Matallana, 1999).

³⁴ El dibujante Maicas señala que “*hubo un miedo concreto, cuando el Proceso ya se veía acorralado, estaba tirando manotazos de ahogado y mandaron cartas con fotos de todos nosotros*”, con lo cual es razonable pensar que el riesgo en que se encontraban los integrantes de *Humor* era real (Lafourcade, 2004).

³⁵ La Doctrina de la Seguridad Nacional consideraba que un canal de comunicación era tanto más peligroso cuanto mayor podía ser su audiencia (Muraro, 1987).

³⁶ Como ejemplo al respecto, en 1977 se prohibió la revista *Emmanuelle* para “*velar por la salud moral de la población y custodiar los valores que hacen a la esencia misma de la nación*” (Blaustein y Zubieta, 1998).

paralelismo trazado en un artículo de Luis Gregorich entre el incendio del edificio del Reichstag alemán en 1933 y los disturbios en Plaza de Mayo de 1982 que, según la versión oficial, se debieron a un rebrote subversivo.

El desarrollo de las circunstancias hizo que la revista se convirtiera en una de las pocas voces disidentes a la oficial, y ese hecho amplió y diversificó su público. El discurso combativo se acentuaba en paralelo al descrédito de la dictadura militar y a la consolidación de *Humor* como único medio opositor. Según su director, Andrés Cascioli, no se tocaban cuestiones vinculadas a problemas internos de los militares, a la soberanía, al intendente de la ciudad de Buenos Aires, Cacciatore, o a la Iglesia, y muchas veces se hacía uso de aparentes frivolidades como el espectáculo y el deporte para mostrar las contradicciones del poder³⁷, pero el objetivo claro era “golpear y debilitar al gobierno (...) y llegar a la democracia”³⁸. Si bien muchas veces los integrantes de la revista recibieron amenazas más o menos explícitas, su creciente masividad los hacía sentir protegidos³⁹. Los temas más criticados, abordados cautelosamente, fueron la represión ilegal y el plan económico iniciado con el Ministro de Economía Alfredo Martínez de Hoz. Luego de la derrota de Malvinas, *Humor* hizo explícito su reclamo por la apertura democrática.

Matallana (1999) indica que la línea editorial general promulgaba los ideales democráticos de justicia, civilización, tolerancia, libre ejercicio de la ciudadanía y libertad de expresión. El discurso del candidato triunfante en las elecciones de 1983, Raúl Alfonsín, coincidía en estos valores, por lo cual es comprensible la afirmación (de Matallana en este caso, pero haciéndose eco de una opinión de otros analistas) de que *Humor* se volvió “demasiado alfonsinista”.

³⁷ Entrevista a Andrés Cascioli en *Radiolandia 2000* en 1981 (Ulanovsky, 1997).

³⁸ Andrés Cascioli en *La revista Humor como medio opositor a la dictadura militar* (Lafourcade, 2004).

³⁹ En “La revista *Humor* y la dictadura” en *Diversica* 13/05/2005, www.diversica.com

Con la apertura democrática, *Humor* se convirtió en una de las publicaciones insignia de la “patota cultural”⁴⁰, combinando información abundante, análisis y algunas de las mejores plumas periodísticas de la época. Su crítica hacia el accionar de la dictadura militar continuó, denunciando las torturas y asesinatos cometidos en nombre de la “guerra contra la subversión” y los numerosos negociados fraudulentos llevados adelante por las jerarquías militares en connivencia con empresarios y políticos. Este análisis crítico fue utilizado con mucha más suavidad en el caso de la gestión de gobierno de la UCR. Si bien algunos de los miembros del staff de *Humor* eran abiertamente simpatizantes de otras tendencias políticas (como José Pablo Feinmann, ligado al Partido Justicialista), la línea editorial se basaba en una ferviente defensa del sistema democrático y su institucionalidad. Con una democracia aún en consolidación, en años donde los episodios de desestabilización eran concretos (como en los casos de los levantamientos carapintadas), una crítica demasiado aguda podía resultar contraproducente. El que fuera muchos años jefe de redacción, Tomás Sanz, declaró al respecto que *“en esa línea delgada entre criticar al gobierno en ese momento radical, pero sin quedar como desestabilizadores y terminar no conformando ni a la gente de izquierda ni a los peronistas ni a los mismos radicales, era difícil acomodarse. Quizás el camino hubiera sido volver al terreno humorístico puro, pero tampoco era nuestra especialidad”* (Lafourcade, 2004: 19).

También durante el gobierno de la UCR *Humor*, a pesar de su tono despectivo hacia algunos productos culturales ligados a lo chabacano, se sumó al destape. Algunos signos de este fenómeno al interior de la revista fueron la aparición de fotografías y caricaturas con desnudos, el humor ligado a la sexualidad y la profusión de malas palabras.

⁴⁰ El conductor de TV Sergio Velasco Ferrero, que mantuvo buenas relaciones con el Proceso, utilizó este mote despectivo para denominar el movimiento cultural que se inició con el advenimiento de la democracia.

Considerada desde el punto de vista de su contrato de lectura, si bien siempre fue una publicación que estableció una relación de complicidad y comunidad de códigos con su público, en el desarrollo de *Humor* pueden diferenciarse dos momentos. Una primera fase desde su nacimiento hasta fines del año 1983, en la cual supo captar los modismos lingüísticos del momento y aglutinar las voces opositoras al Proceso, en principio apelando a la lectura entre líneas y luego elevando paulatinamente su nivel de crítica explícita. Hacia 1984 y hasta el final de 1989, la publicación debió readecuar ese contrato en un contexto en el cual la oferta, a pesar de la crisis del mercado editorial, se había diversificado. Si bien incluyó periodistas de distintas tendencias políticas, su línea general quedó identificada con los ideales proclamados por la renovación del radicalismo, por lo cual parte de su antiguo público no necesariamente dejó de comprar la revista pero expresó crecientes desacuerdos con sus contenidos (evidenciados en las cartas de lectores, por ejemplo).

Las malas palabras en *Humor*

De acuerdo con los elementos descritos anteriormente, se proponen tres abordajes del uso de las malas palabras en la revista *Humor* durante la dictadura militar, entre 1979 y 1983, y el posterior gobierno democrático, entre 1983 y 1989. Estas tres perspectivas se presentan de manera separada para favorecer el análisis, pero están estrechamente vinculadas en el proceso de producción y circulación de sentidos.

Una primera dimensión tiene que ver con la fuerza ilocutoria que las malas palabras ostentan. Una segunda mirada remite al uso de las malas palabras de acuerdo con el aspecto temático y el aspecto expresivo de la enunciación. Un último enfoque refiere a los sistemas morales y su relación con los usos lingüísticos. En cierto modo, esta trayectoria parte del análisis de las malas palabras como actos de habla (la fuerza ilocutoria de cada mala palabra), pasando por su vinculación con el contexto específicamente lingüístico (los aspectos temático y expresivo del uso de cada mala palabra), para culminar en la relación de los enunciados que contienen a las malas palabras con los sistemas morales diferentes que predominaron durante la dictadura y la democracia (los *ethé* en que cada mala palabra se inserta).

Antes de desarrollar cada uno de estos planos de estudio, cabe mencionar que la construcción del estilo crítico y transgresor de *Humor* fue el marco que permitió el uso periodístico de las malas palabras, ya que si en otro medio gráfico de la época hubiera resultado inadecuada la profusión de estos términos, en *Humor* era una cualidad positiva en tanto elementos identitarios que la definían.

Sistema "Cuuu...yanito soy, señores..."

Nadie sabe en qué rincón se esconde un enemigo de miércoles. Y ningún periodista sabe en qué momento su entrevistado va a largar un impropio poluto. Así que restan dos caminos: grabar todo antes, lo que quita frescura al asunto; o estar muy atento y ser ligerísimo para empalmar una frase que borre con una lengua lo que puntea la otra. No, si cada vez es más duro el sacerdocio...

Para periodistas en apuros

COMO TAPAR INSULTOS

por Sanz-Sanyú ¡Qué los tiró!

"Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar si me llegan a cortar se pueden ir a..."



Don Arturo es hombre reposado, medurado y desarrollado. Pero nadie está libre de tener un arrebato. Veamos cómo reaccionaría Carrizo...



Las damas se han independizado también en el lenguaje. La señora Guzmán podría referirse así a cualquier adversario. Pero Burone tiene varios recursos en la bolsa.



Magdalena con Bittel. A medida que arrecia la lucha política, se calienta el ambiente. Pero ella no se asusta. Si ya lidio con Harguindeguy...



Las malas palabras como actos de habla: fuerza ilocutoria

Las malas palabras remiten a un registro coloquial, vinculado a lo popular, y de allí que se opera, en mayor o menor medida, una ruptura en la expectativa del género periodístico. Aparecen así cargadas de una entonación expresiva particularmente fuerte que las hace sobresalir del cuerpo textual, el significante se precipita sobre el significado y no importa tanto qué se dice sino cómo se dice.

Este peso particular de las palabrotas fue el primer rasgo de análisis tomado en cuenta para realizar el relevamiento de cada uno de los ejemplares de *Humor*. Se distinguieron la palabrota en cuestión, si se trataba de una palabra, una expresión construida con más de una palabra, un dibujo o un texto alusivo al uso de malas palabras, la sección y la temática que se trataba, y el/la autor/a en los casos en que estuviera explicitado.

En muchos de los casos, la palabrota era reemplazada por un eufemismo. De acuerdo al DRAE, un eufemismo es una “*manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante*”⁴¹. De este modo, el eufemismo cumplía en *Humor* la función de moderar la malsonancia de las palabrotas en la superficie textual, sin por ello dejar de utilizarlas.

Los procesos de eufemización fueron varios. Los símbolos gráficos con los que en las historietas se representan las malas palabras, como asteriscos y calaveras, son tal vez los eufemismos más clásicos, tan indirectos que ni siquiera son representaciones alfabéticas. A estos dibujos se pueden agregar, en un nivel más cercano a la palabra, las construcciones alfabéticas sin sentido que se comprenden por su lectura contextual como

⁴¹ DRAE www.rae.es

“¡Heijwhst ownstbhitweh! Me gritó Henrik;”

“gulp, grrr, mñgrsfch, laputlbruñff;”

“váyanse todos a la reputrgshch que los remilregrsmtp...”

“puña mare que lo pagrioff”.

El uso de las iniciales o primeras sílabas, seguidas o no de puntos suspensivos:

“nos están c... a patadas”

“quién m...”

“fui como un p...”

“hincha h...”

“p... que lo p...”

“h de p”

“bolu...”

“cu...”

“guarda el so...”

“me hago la p...”

“hijos de pu”

“por los hue”

“pedazo de bo”

“me ca en la remil pu que los pa”

Los puntos suspensivos también aparecían como un pie dado por la revista al lector, esperando la interpretación de las frases, algunas veces sin completar

“andá a lavarte...”

“se pueden ir a...”

“no valdrá un...”

“ni para rascarse el...”

“Tato, compadre, la...”

Y otras rematando con expresiones que hacían a la comicidad de la mala palabra sugerida

“es un hijo de... Muñoz”

“empecé a repartir lonjazos con la... toalla mojada”

“¿Caputo? ¿Sabe que usted es medio... bruto?”

Las palabras al “vesre” y las contracciones, muchas de ellas extraídas del lunfardo:

“gente de daermi”

“tereso”

“joraca”

“al dope”

“jueputa”

“hijunagransiete”

“jopende”

“dolubo”

“péndex”

El reemplazo por parónimos, ya sea de sonoridad similar

“caracho”

“caramba”

“pucha”

“me cache en dié”

“qué lo tiró”

“qué miércoles”

“despiporre”

“peloduro”

Como de significado aproximado o sinónimo

“desparramando caca”

“irse a los excrementos”

“no cuesta un estiércol”

“se hicieron pipí de frío”

“al pepe”

“al cuete”

“al traste del mundo”

“a cacarear a los yuyos”

“pompis ve pompis quiere”

“nos tiene el píloro por el suelo”

“exhibiendo sus glándulas mamarias”

“que nos tiene con el agua pluvial lo que se dice hasta las bolivianas”

“saludos al aparato genital de tu hermana”

“le había dado en la quinta entretela de los sacos escrotales”

La inclusión en nombres o marcas derivados de la realidad o producto de la fantasía, como

“Bolud-el-kotur”

“el Cacique Pajabrava”

“Chupamelcú y Quelorremil”

“Elortondo”

“Ortolami”

“Playchot”

“Merdicrim”

“Cagafiero”

“Carozo y Narichota”

“K-ga dance”

“Porforro”

“Bolu-dormi”

“Genaro Garcafiore”

“Music-mierd”

“Phill Colitis”

“Palega Ortito”

Y, por último, explicaciones lo suficientemente elocuentes como para que el lector interpretara la mala palabra en cuestión:

“el 27 tiene una interpretación napolitana irreproducible, que ha sido suplantada por “el peine”

“uno y la mitad del otro”

“pincharle la espalda, o el sucedáneo”

“se le recordará a gritos el nombre de su madre”

“qué cosas tiene llenas, por dónde se pasa ciertas propuestas”

“por qué no te metés los lápices en el cadete”

“los injurié lo normal en esos casos”

“se pasó por allá por donde ustedes se imaginan”

“no soy porteño, mucho menos escatológico, y mi mamá es una buena señora de vida más bien recatada”

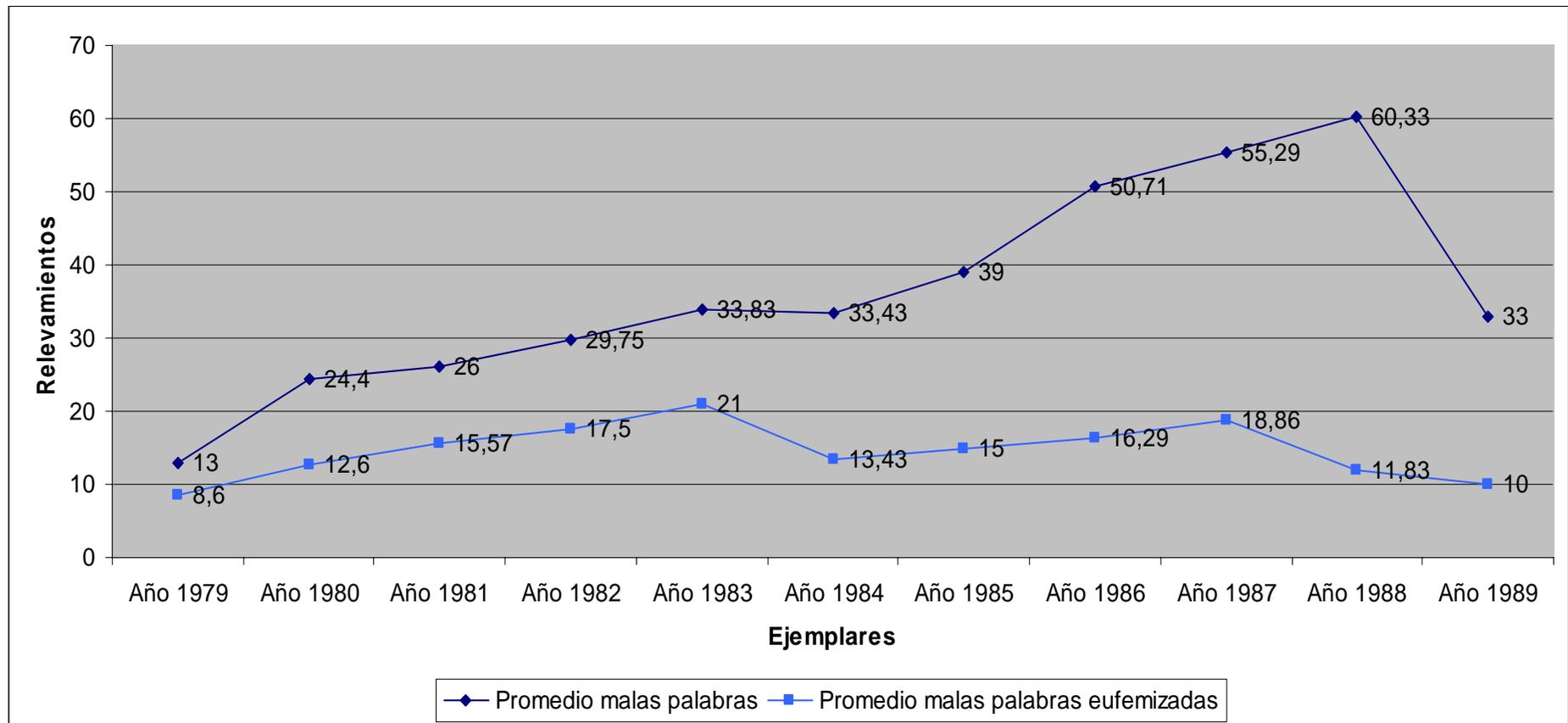
“metértelas donde no les dé el sol”

“Labruna formó un ángulo recto con su brazo izquierdo y puso su mano derecha sobre la parte de adentro del vértice, mostrándoselo al público repetidas veces”

“sustituír por términos del amplio repertorio popular”

“¡me cacho en el Chocón y em ña Atucha que lo cortó!”

Promedio de malas palabras por año



El promedio de malas palabras por año que muestra el gráfico fue en ascenso desde 1979 hasta 1988, mostrando un estancamiento entre 1983 y 1984, continuando luego en crecimiento hasta un abrupto descenso en 1989. En período de dictadura, el promedio de malas palabras por ejemplar se encontró entre 13 en 1979 y 29 en 1982, mientras que en democracia comenzó con tres años que oscilaron entre las 33 y las 39 palabras, y creció a 50 y 60 palabras, descendiendo nuevamente a 33 en 1989. Esa meseta en el crecimiento ascendente que se registró entre 1983 y 1984, primeros años de la presidencia de Raúl Alfonsín, parece responder a la suavización de la crítica en *Humor*, esa moderación que los propios miembros del staff reconocieron como la búsqueda de una forma de hacer humor político sin desestabilizar a la democracia que tanto habían demandado. La brusca caída del promedio de malas palabras en 1989, que retrocede a los de los primeros años de la democracia, puede deberse al impacto del agitado clima social, político y económico que se vivió hasta el traspaso anticipado del mandato al candidato triunfante Carlos Menem, como si la gravedad de la situación no admitiera tanta desfachatez.

Además de la marcada diferencia numérica en los períodos de dictadura y democracia, entre los dos también difieren las proporciones entre malas palabras explícitas y malas palabras eufemizadas. Hasta 1983 se mantuvo una relación casi directa de ascenso de la cantidad de eufemismos, aproximadamente de la mitad de las malas palabras totales. En cambio, en 1984, la brecha aumentó dado el crecimiento de las malas palabras y el descenso leve de la cantidad de eufemismos, que pasaron a ser alrededor de la cuarta parte de las malas palabras totales. Este descenso de los procesos de eufemización en los años de la democracia, simultáneo al mayor y más diversificado uso de malas palabras, aparece como una consecuencia del destape que tuvo lugar en todos los ámbitos de la comunicación y la cultura, fruto del cual no sólo se decían cosas que antes se silenciaban sino que se

decían de maneras que antes resultaban impropias. Como se señala al principio de este apartado, el cómo prepondera sobre el qué cuando se trata de voces malsonantes como las palabrotas, por lo cual es razonable pensar que la disminución de las distintas maneras de eufemismos en *Humor* corre en paralelo al aumento de la fuerza ilocutoria de los términos utilizados.

La misma revista *Humor* presentó varias notas sobre la temática de la fuerza ilocutoria y la eufemización de las malas palabras.

En varios reportajes se alude al uso justificado de las malas palabras. Presentando a Enrique Pinti, en una entrevista en 1980, Mona Moncalvillo escribía *“Es tal cual se lo ve en el escenario (...) En cuanto a la gramática, ignora casi todos los signos de puntuación y la recrea verbalmente, injertando, cada cuatro palabras, una impublicable. En una variedad y cantidad tales, que nos obliga a complicadísimas piruetas de censura. Sabe que esa forma de hablar existe. Por eso la ejercita, pero como marco expresivo de sus talentosas reflexiones”*⁴². Cecilia Rossetto, en declaraciones de 1981, señalaba que *“uso un lenguaje en el espectáculo que a ciertos hombres de las culturas -entre comillas- les cae mal (...) no voy a decir que estoy dolorida por una situación, no. Estoy jodida y tengo bronca, y eso está indicando una situación”*⁴³. Aquí *Humor* consideraba, en el primer caso, que la publicación de las malas palabras no era aceptable (por ello las complicadísimas piruetas de censura) pero que, insertas en el discurso de Pinti como artista, eran adecuadas. En el segundo caso, las malas palabras pronunciadas por Rossetto sí fueron publicadas (aparecieron varias a lo largo de la entrevista), y nuevamente se aprobó el uso justificado, que deviene de la situación que se pretende describir. Estas dos notas datan de la época de dictadura. Años después, en 1987, Mona Moncalvillo preguntaba a

⁴² Reportaje a Enrique Pinti, *Humor* nro. 42, septiembre de 1980, p. 52.

⁴³ Reportaje a Cecilia Rossetto, *Humor* nro. 54, marzo de 1981, p. 67.

Tato Bores si consideraba necesario el uso de malas palabras, a lo que el humorista respondía *“Yo fui propulsor, en el 84, a las doce y media de la noche, de decir un "boludo" por televisión y se armó bastante lío, pero ahora veo que dejé escuela. Esas son palabras corrientes y comunes y, si no están puestas groseramente, pueden pasar; pienso que si uno está en un programa cómico de televisión y pasa una linda chica y uno dice "que lindo culo que tenés", eso es de mal gusto, pero que si se grita ¡¡CULO!! como yo grité, hace tres años, para decir que en Argentina había una hipocresía tan grande que ni siquiera usábamos las palabras correctas para definir una cosa, eso vale. Por ejemplo, cuando a un tipo lo echan del empleo después de haber trabajado cuarenta años en ese lugar, no se puede decir que le pegaron una patada en la cola... No. Le pegaron una patada en el culo... Eso no es grosería, eso es realidad; además, son de uso cotidiano, y si tienen dureza, no es mayor que la de la situación que conté”*⁴⁴.

Puede pensarse que, dado el uso que la revista hacía de las malas palabras, compartía este criterio de que resultaba hipócrita ignorar su existencia en el habla popular, en el “mundo real”. Su uso en contextos distintos de la cotidianeidad, como las producciones artísticas o las publicaciones periodísticas, resultaba aceptable siempre y cuando estuviera justificado por una situación que requiriera énfasis, que en los casos antes citados parece estar vinculado con la dureza de la realidad que menciona Bores.

“En este país se habla como el traste”⁴⁵, de Santiago Varela, se publicó en abril de 1983, momento en que la autocensura comenzaba a ser dejada de lado a favor del tan mentado destape. Allí el autor señalaba la paradoja de que el protagonismo del “traste” en los medios (sobre todo en la publicidad televisiva) se viera limitado por la imposibilidad de mencionarlo por su “verdadero y

⁴⁴ Reportaje a Tato Bores, *Humor* nro. 201, julio de 1987, p. 88.

⁴⁵ *Humor* nro. 103, abril de 1983. pp. 54 y 55.

*universal nombre*⁴⁶: culo. Sugestivamente, iniciaba la nota comentando que “*el idioma cotidiano -especialmente oral- cada vez se aleja más del castellano oficial*”⁴⁷. Reemplazando culo por “*el bonito y nada censurable nombre de pompis*”⁴⁸ explica las múltiples metáforas asociadas al culo (“*andar como el pompis, tener flor de pompis, tener más pompis que cabeza, pompis ve pompis quiere, quedar pompis para arriba, romperle y romperse el pompis, despompizar hormigas, tocar el pompis, meter un dedo en el pompis, plata en mano pompis en tierra, de pompis contra la pared, cara de pompis, dar una patada en el pompis, andar con el pompis a cuatro manos, cortar clavos con el pompis, caerse de pompis*”), muchas de ellas con ejemplos de la realidad social de la época como la ejecución de hipotecas mediante la circular 1.050, la indexación de precios y el costo de los servicios públicos.

En octubre de 1988 apareció una nota de Carlos Abrevaya, “*Ser boludo no es ninguna boludez*”⁴⁹ que repetía más de 100 veces la palabra boludo, reflexionando sobre el significado social del boludo, que consideraba como “*actuar desconociendo los códigos del medio que nos rodea*”⁵⁰ y buscando, por medio de la reiteración, burlar al periodismo que usaba eufemismos en lugar de esta palabra (“*boludez humana es, por ejemplo, hacer de cuenta que no existe la palabra boludo y que no se piensa ni se dice*”⁵¹) que en aquellos años comenzó a generalizarse ampliamente.

Una última nota referida a la fuerza ilocutoria de las malas palabras pero de tono más serio que las antes citadas fue “*La pudorosa Gente*”⁵² incluida en la sección “*Picadillo circo*” y firmada por Daniel Guebel. Allí el autor comentaba una escandalizada columna de la revista *Gente* sobre el programa televisivo *Cuando*

⁴⁶ *Humor* nro. 103, abril de 1983, p. 54.

⁴⁷ Ídem.

⁴⁸ Ídem.

⁴⁹ *Humor* nro. 229, octubre de 1988, pp. 24 y 25.

⁵⁰ Ídem.

⁵¹ Ídem.

⁵² *Humor* nro. 209, noviembre de 1987, p. 67.

yo te vuelva a ver, emitido a las 22 hs. por el entonces público canal 13, donde aparecían escenas eróticas y malas palabras. Guebel señalaba que en un gesto de pacatería extrema la publicación no había transcripto los diálogos de los cuales se quejaba, eufemizando las malas palabras con puntos suspensivos⁵³. También mencionaba que *“la confusa, obtusa y profusa moralina de Gente, nunca se ejercitó sobre la humillante política de medios privados, que garpan cien lucas para que una doña se preste a mostrar públicamente la bombacha; ni tampoco se indignó de los medios privados que organizan el patético show del sufrimiento de los pobres (a los que utilizan de extras sin pagarles un sope)”*⁵⁴, afirmando que el artículo era una señal de los intereses de *Gente* sobre el negocio de privatización de las señales de aire.

Particularmente en esta última nota aparecía una idea más general sobre los procesos de eufemización, y es que *“el viejo asunto de poner puntos suspensivos, estrellitas y tiritas negras”*⁵⁵ es una manera de histeria periodística, de mostrar sin hacerse cargo, noción que parece atravesar el uso de las malas palabras en *Humor*, más allá de la censura impuesta por la dictadura y el posterior destape democrático.

⁵³ *“Como los pacatos y cholulos que chismosean en Gente parecieran desconocer los cultos culos y las tretas de tocar las tetas, omitieron transcribir textual aquello cuya mención televisiva denostaba”*. En *Humor* nro. 209, noviembre de 1987, p. 67.

⁵⁴ Ídem.

⁵⁵ Ídem.



Las malas palabras en el lenguaje: aspectos temáticos y expresivos

Las palabras son neutras en sí mismas, pero poseen una tipicidad genérica que las carga del sentido que adquirieron en enunciados particulares anteriores (Bajtin, 1952-53). La elección de una palabra dada depende del objeto al que refiere así como de la expresividad de la enunciación, de modo que las malas palabras en *Humor* son situadas tanto en relación con la temática de la nota que la contiene así como con la carga emotiva que cada autor pretende asignarles. Puede considerarse que esta perspectiva indaga sobre la fuerza ilocutoria de las malas palabras en vinculación con los tópicos que con ellas se adjetivan.

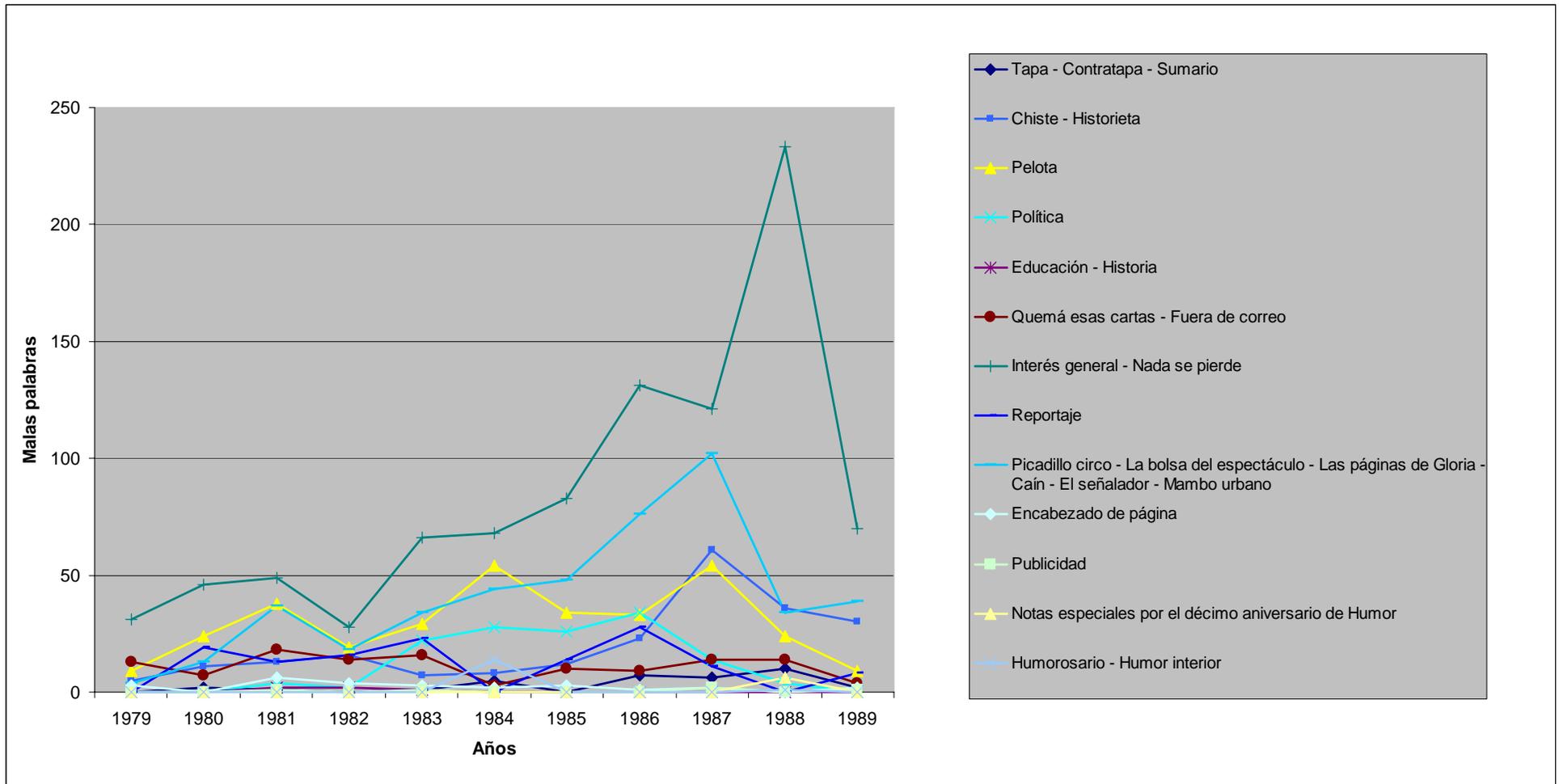
Un camino posible para abordar este eje de análisis es la ubicación de las malas palabras en cada sección de *Humor*. Para clarificar la exposición, se agruparon las secciones de acuerdo con su proximidad temática: *Tapa*, *Contratapa* y *Sumario*; *Chistes e Historietas*; *“Pelota”*; *Política*; *Educación e Historia*; *“Quemá esas cartas”*; *Interés general* y *“Nada se pierde”*; *Reportaje*; *“Picadillo circo”*, *“La bolsa del espectáculo”*, *“Las páginas de Gloria”*, *“Caín”*, *“El señalador”* y *“Mambo urbano”*; *Encabezados de página*; *Publicidad*; *“Notas especiales por el décimo aniversario”*; *“Humorosario”* y *“Humor interior”*.

El gráfico a continuación muestra, a modo meramente orientativo⁵⁶, la cantidad total de malas palabras por conjunto de sección por año.

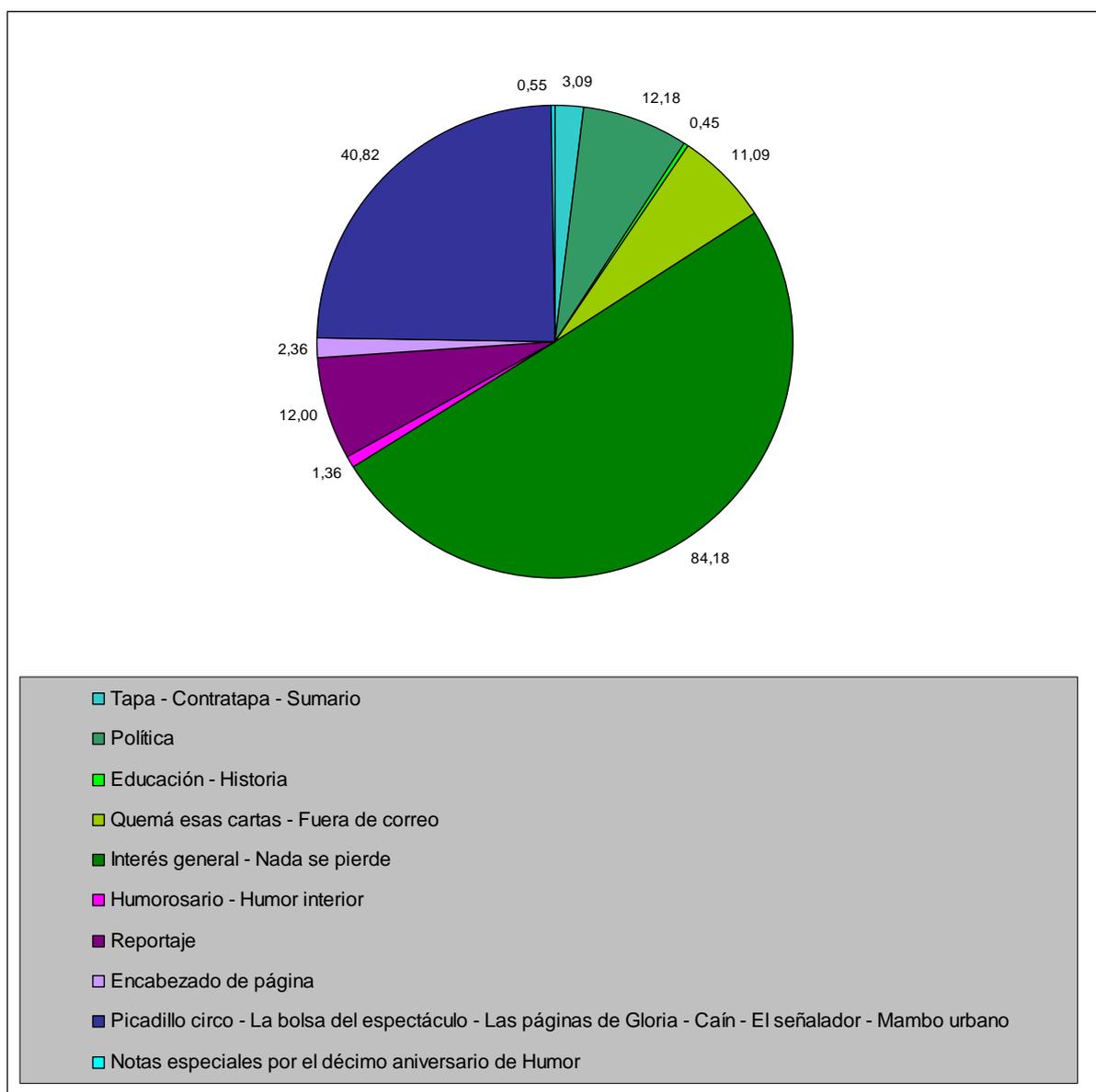
Como observación general, se comprueba que el uso de malas palabras tendió a aumentar, incremento más acentuado en las secciones vinculadas con los temas de interés general y de espectáculos, y en los chistes e historietas. Se aprecian dos tendencias descendentes de todas las secciones, en 1982 y 1989, y un punto de alza, también general, en 1987.

⁵⁶ Al constituir el corpus cantidades diferentes de ejemplares de *Humor* por año, los valores no pretenden más que dar una idea de las tendencias anuales.

Cantidad de malas palabras por tipo de sección por año



Promedio de malas palabras por conjuntos de secciones



Puede comprobarse que el conjunto *Interés general - “Nada se pierde”* presenta los mayores valores en todo el período de análisis, con una tendencia creciente casi constante entre 1979 y 1987, un abrupto ascenso en 1988 y una igualmente abrupta caída en 1989, donde retoma el nivel de 1984. Esta duplicación de los valores en 1988 es producto de la nota de Carlos Abrevaya “Ser boludo no es ninguna boludez” aparecida en el número 229 y comentada en el apartado de análisis precedente, que registra 106 variantes de la palabra

boludo, por lo cual puede afirmarse que la tendencia hubiera sido más estable de no contar con esta nota (el valor hubiera sido de 127 malas palabras). En el total de la década, promedia un 84,18% del total de relevamientos. A modo de referencia, la categoría *Interés general* comprende notas variopintas, muchas de ellas ilustradas, donde predomina un tema (vida cotidiana, cuestión de género y generacional, temas políticos y de espectáculos) que no llega a ser estrictamente clasificable en las categorías más específicas.

Las dos secciones que siguen de acuerdo con la cantidad de malas palabras utilizadas son el conjunto "*Picadillo circo*" - "*La bolsa del espectáculo*" - "*Las páginas de Gloria*" - "*Caín*" - "*El señalador*" - "*Mambo urbano*" con un promedio de 40,82% y "*Pelota*" con un 29,73%. El conjunto de secciones de espectáculos presenta una evolución ascendente más continua, sólo descendiendo de valores precedentes en 1982 y 1988, y mostrando el máximo valor de 102 relevamientos en 1987, único año en el cual apareció la sección *Caín*. En el segundo caso, las notas sobre deportes muestran un vaivén en períodos ascendentes entre 1979 y 1981, 1982 y 1984, 1986 y 1987, con mínimo de 8 en 1989 y máximos de 54 en 1984 y 1987.

El tercer lugar lo ocupa el par *Chiste - Historieta*, con un 20,18% del total de malas palabras utilizadas. Si bien no pueden definirse exactamente como sección, tienen entidad propia por sus formatos particulares y, sobre todo, por la importancia que se les asignó dentro de *Humor*. En los primeros años de relevamiento, donde predominaban los chistes de viñeta única por sobre las historietas, la línea se mantiene entre 3 (1979) y 23 (1986), presentando un descenso de la tendencia en 1983 y 1984 con 7 y 8 respectivamente. El máximo se registra en 1987, con 61 malas palabras relevadas, cayendo a 36 y 30 en los dos años siguientes.

Con promedios de alrededor del 12% se encuentran los conjuntos *Política*, *Reportaje*, y "*Quemá esas cartas*". Las notas específicas sobre política

comienzan a abundar hacia 1983, por lo cual no resulta azaroso que hasta ese año los relevamientos sean nulos o mínimos (4 como máximo, en 1981). Las opiniones políticas tenían lugar en esos primeros años de *Humor*, pero de modo más indirecto (sobre todo a través de los reportajes y las cartas de lectores). Los valores se mantienen constantes (entre 22 y 34 malas palabras) entre 1983 y 1986, descienden un poco en 1987 (14) y más abruptamente en los dos últimos años del período, al punto de no haber relevamientos en 1989. *Reportaje* muestra valores nulos en 1979, 1984 y 1988, y el resto de los años se mantiene en valores entre las 8 y las 28 malas palabras (el máximo es de 1986). “*Quemá esas cartas*” presenta una de las tendencias más uniformes, variando entre 3 y 18 y manteniendo los mayores valores constantes entre 1981 y 1983.

Las clasificaciones de malas palabras mencionadas en el apartado específico aluden a insultos, y por consiguiente, a los objetos insultados. A los fines de esta investigación, este criterio de categorización resulta inadecuado, ya que muchas malas palabras tienen funciones diferentes de la del insulto (como el énfasis, por ejemplo). Por ello se agruparon las malas palabras en vinculación con las temáticas a las que refieren, sean insultos o no. La clasificación resultante distingue: referencias a partes del cuerpo, referencias a la sexualidad (a prácticas y preferencias sexuales), referencias a secreciones corporales, referencias al desorden o al caos, referencias a la molestia o el hastío⁵⁷, referencias a la filiación⁵⁸, referencias peyorativas a la edad, insultos a la inteligencia, insultos a la honestidad o a la bondad, puteadas como categoría genérica⁵⁹, y expresiones vinculadas con la palabra carajo. Un breve comentario

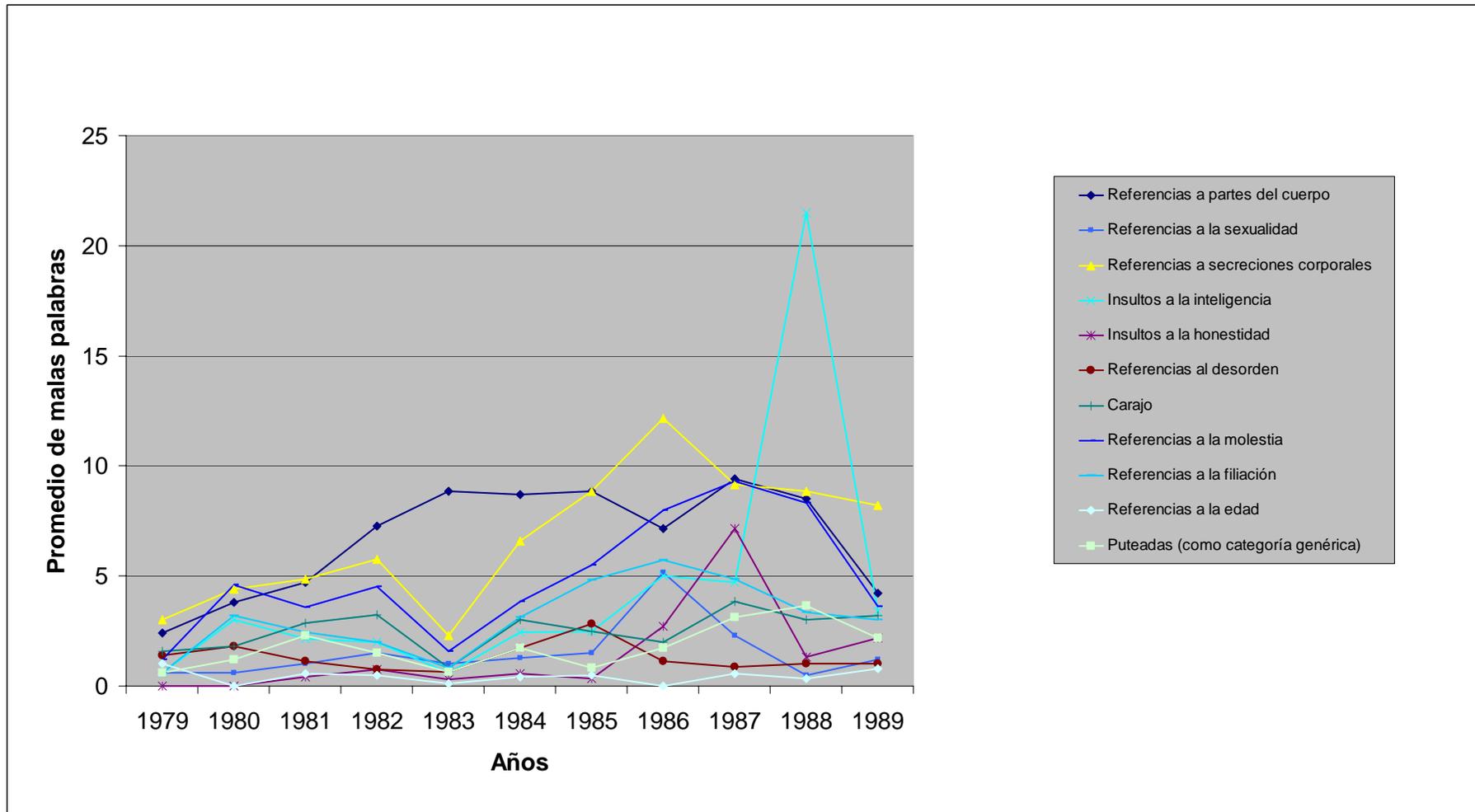
⁵⁷ Todas las expresiones vinculadas a “hinchar las pelotas/las bolas” se incluyen en esta categoría, ya que se considera que aunque se menciona una parte del cuerpo, el énfasis está puesto en la situación de molestia.

⁵⁸ Como criterio general, la expresión insultante a la filiación apunta a la bastardía (“hijo de puta”, por caso, significa aquel que no tiene padre reconocible).

⁵⁹ Todos los relevamientos que, en cierto sentido, son eufemismos, ya que incluyen los símbolos de puteada en chistes e historietas así como las menciones derivadas del término putear.

sobre esta última categoría, ya que es la única palabra que no puede emparentarse con ninguna familia semántica: en el diccionario figura como término de origen incierto y si bien en todos los ejemplos de uso implican una desvalorización, no tiene referente preciso.

Promedio de malas palabras por categoría semántica por año



Las tendencias más significativas que se siguen del gráfico precedente son los incrementos paulatinos de las referencias a partes del cuerpo, a secreciones corporales y a la molestia. En el caso de partes del cuerpo, se mantiene en un promedio mayor a 8 durante 5 años de los 11 que componen el período de análisis, mostrando el ascenso más pronunciado entre 1981 y 1983 (de 4,71 a 8,83). Las referencias a secreciones corporales presentan un promedio mínimo de 2,29 en 1983 y un máximo de 12,14 en 1986, desarrollando una tendencia menos regular que la categoría anterior. Estos dos conjuntos predominan ampliamente por sobre los demás en todos los años, excepto en 1988, donde la ya mencionada nota “Ser boludo no es ninguna boludez” hace que los insultos a la inteligencia sean mayoritarios. Las referencias a la molestia, aunque con promedios menores, presentan un crecimiento sostenido entre 1983 y 1987 (de 1,59 a 9,29).

Cabe hacer algunos comentarios generales sobre la observación de estas tendencias.

En los años de la dictadura, preponderan diversas formas de eufemismo. Entre ellas, se destaca una crítica literaria de Juan Sasturain a *Las muecas del miedo*, libro de Enrique Medina, donde el autor señala “Hay una especie de descontrol, de todo vale, que preside la novela, que nada tiene que ver con las situaciones narradas o el empleo de las que la estupidez mojigata llama “malas palabras”: si el lector berreta busca pornografía, situaciones de las llamadas “fuertes” y un regodeo en la chanchada verbal, no las encontrará en la dimensión de su deseo”⁶⁰. Más allá de la reseña en particular, Sasturain afirma que el carácter de “malas” atribuido a ciertas palabras es un gesto hipócrita, y que el morbo provocado por la pornografía o por la “chanchada verbal” es propio de una actitud ordinaria.

⁶⁰ Humor nro. 66, septiembre de 1981, p. 114.

A partir de 1983 es notorio el predominio de referencias a partes del cuerpo y a la sexualidad.

En el primer caso, las menciones a los genitales femeninos y masculinos aparecen desde el inicio del período, pero siempre a través de sintagmas menos disruptivos como vagina y pene. La primera mención literal de *concha* aparece en 1984⁶¹, y la primera mención de *pija* en 1988⁶², y en ambos casos se utilizan como recursos humorísticos de doble sentido en la sección “*Nada se pierde*”, ya que “*Conchas*” alude a una localidad en la provincia de Salta (que la revista propone cambiar por “*Vaginas*”) y “*Pijas*” es el alias de un ladrón español. Más allá de esto, la categoría está dominada ampliamente por las diversas denominaciones de la palabra culo, fenómeno muy asociado al destape democrático. A este respecto, además de la ya citada nota “En este país se habla como el traste”⁶³ de Santiago Varela, pueden agregarse “Informe final sobre el pompis”⁶⁴ de Alfredo Grondona White, “Para una mujer ¿hay algo peor que otra mujer?”⁶⁵ de Norberto Firpo y “Magníficas ideas”⁶⁶ de Langer y Rulloni. La primera es una nota ilustrada desde una perspectiva masculina (en apariencia, inevitablemente fisgona) que relata diversas situaciones vinculadas a la moda de la bikini cola-less en los sitios de veraneo. A esta le sigue una nota de Norberto Firpo, que lleva como copete “*Introducción al tema de las colitas frescas*”⁶⁷, y que sostiene que la cola-less (y las minifaldas, y los escotes) son recursos de las mujeres para competir entre sí en el mercado del sexo, aceptando alegremente ser consideradas objetos de adorno y degustación, en desmedro de la lucha por la igualdad de sexos. “Magníficas ideas” es una nota

⁶¹ *Humor* nro. 141, diciembre de 1984, p. 7.

⁶² *Humor* nro. 216, marzo de 1988, p. 8.

⁶³ *Humor* nro. 103, abril de 1983, pp. 54 y 55.

⁶⁴ *Humor* nro. 123, marzo de 1984, pp. 38 a 40.

⁶⁵ Ídem, pp. 41 a 43.

⁶⁶ *Humor* nro. 221, junio de 1988, pp. 90 y 91.

⁶⁷ *Humor* nro. 123, marzo de 1984, p. 41.

compuesta de varios chistes cuyo tema principal es el auge de las mujeres desnudas, y más específicamente de los culos en la publicidad, en consonancia con la opinión de Firpo sobre la cosificación de la mujer, en este caso en sentido literal. El “*auge glúteo*”⁶⁸ se critica por las implicancias que tiene en el rol social de la mujer pero, dadas las tendencias en las propias utilidades del término en la revista, *Humor* no es ajena a esta moda.

En el segundo caso, las referencias a la sexualidad pueden dividirse en dos temas principales: las menciones del acto sexual y las menciones de la homosexualidad, ambas en estrecha y explícita relación con el destape.

Las alusiones al acto sexual son diversas. Por un lado, se describe ascéticamente cuando la referencia tiene que ver con el acto sexual como una exhibición obscena y oportunista, tal como se describe en “¡Un cumpleaños que nos agarró en b... (bolas)!”⁶⁹, donde Hugo Paredero asiste a un espectáculo erótico que se promociona como “*el mejor espectáculo de desnudo de Sudamérica*”⁷⁰ para festejar el primer aniversario de la democracia. La escena final del show, relata Paredero, consiste en “*el único caballero de la compañía y la única señorita, o señora, que hace lo que hace ésta, es decir, que hace lo que hace con este caballero. Fornican, en fin (...) Música de rock y buen rendimiento de la pareja, que lo hizo a favor de natura por delante y a favor de natura por detrás, incluyendo dos o tres besos brujos y algunos solos de trompeta de prolijo y efectivo estilo*”⁷¹. No aparece una sola mala palabra en las tres páginas que ocupan la nota, aunque el tono general es sutilmente reprobatorio. La sexualidad aparece también vinculada a la política. En “¡Saritah a vencer!”⁷², sobre el romance de Sarah Ferguson (hija política de un argentino) con el príncipe

⁶⁸ *Humor* nro. 103, abril de 1983, p. 54.

⁶⁹ *Humor* nro. 141, diciembre de 1984, pp. 77 a 79.

⁷⁰ *Humor* nro. 141, diciembre de 1984, p. 77.

⁷¹ *Humor* nro. 141, diciembre de 1984, p. 79.

⁷² *Humor* nro. 171, abril de 1986, p. 7 a 9.

Andrew vivido como revancha por la derrota en la guerra de Malvinas, surgen expresiones como *“un grito conmovedor ante la penetración del imperialismo británico: ¡Se siente, se siente, que fuerte que se siente! corean confundidos en su algarabía los que ven la victoria ahí, con por lo menos dos dedos adentro”*⁷³. También en relación con la política, particularmente con la institución eclesiástica y sus grupos civiles, aparecen varias notas. Una de ellas es *“Casale: el gran protector”*⁷⁴ de Marcelo Figueras, donde se critica el proyecto de ley de creación de una comisión calificadora de contenidos televisivos del diputado justicialista Luis Santos Casale. Los puntos refutados refieren al desconocimiento técnico que subyace en el texto, la transformación de los televidentes en delatores y a la reducción de la inmoralidad al destape vinculado a la sexualidad, preguntándose irónicamente si el supuesto auge de la pornografía *“¿Se refiere tal vez al dinero que Finalísima paga por contar chistes? ¿A los juegos de azar de Velasco Ferrero? ¿A la violencia que hace pata ancha en las series?”*⁷⁵. En esta misma nota, el autor propone una comisión que declare de exhibición limitada el graffiti *“Curas, dejen coger en paz”*⁷⁶ aparecido por la época en las calles porteñas, apareciendo así por primera vez en todo el período el término coger. Sugestivamente, la tapa del número 163 del mismo año titula *“Primo la testa. Doppo la porna. La república cosida”* y muestra a una Argentina en forma de mujer, siendo cosida entre sus piernas por un sacerdote de atavíos lujosos, ilustración a cargo de Nine. La apertura del ejemplar es una nota especial llamada *“La Iglesia y el sexo”*⁷⁷, reseña histórica a propósito del documento de la Conferencia Episcopal Argentina sobre el divorcio, la exhibición del film *Je vous salue Marie* y la pornografía. Como último ejemplo, muy vinculado al anterior, el Sumario del número 229 se titula *“Si es cuestión de preguntar... ¿mejor drogas*

⁷³ Humor nro. 171, abril de 1986, p. 7.

⁷⁴ Humor nro. 160, octubre de 1985, pp. 74 y 75.

⁷⁵ Ídem.

⁷⁶ Ídem.

⁷⁷ Humor nro. 163, noviembre de 1985, pp. 3 a 7.

que sexo?”⁷⁸, donde se cuestiona una nota del Arzobispo de La Plata Antonio Quarracino titulada “¿Todo es sexo?” donde culpa al destape del auge de la “*inversión sexual*”⁷⁹ y la prostitución, y acusa a los sexólogos de ser un riesgo comparable a los traficantes de drogas.

El segundo elemento predominante en las alusiones a la sexualidad es la homosexualidad. Como dato relevante, en *Humor* sólo se habla de la homosexualidad masculina, sin aparecer en todo el período analizado una referencia, ni siquiera indirecta, a la homosexualidad femenina. Una primera nota, sugestiva desde su título, es “El arte del desprestigio”⁸⁰, en la cual Geno Díaz relata diversas formas de difamación masculina, la primera de las cuales es la de ser tenido por “*marica*”⁸¹. En ese mismo número apareció “*Manfloro*”, definida por sus autores, Tabaré y Fabre, como “*poema épico por entregas*”⁸², historia de un homosexual en busca de lugares donde interactuar con hombres, en este caso en un colectivo repleto donde, junto a su amigo *Trololo* disfruta del roce de los cuerpos. En este mismo tono, el número 156 inicia con una nota de color donde “Goyeneche nos muestra su botiquín”⁸³, aludiendo al temor del cantor de tangos al SIDA a raíz de su encuentro con el bailarín Jorge Donn, enumerando productos de fantasía como “*Peste-Ros gotas, Hudsonmicina, Trolex comprimidos, Paco Jamandranne en aerosol y Heputolgina intramuscular*”⁸⁴. En la sección “*Picadillo circo*” del mismo número, una nota titulada “La lista rosa” reproduce un listado de actores homosexuales de Hollywood publicado por el semanario estadounidense *Stars Males* señalando que “*nuestros gays sostuvieron que si las famosas listas negras dejaron sin trabajo a innúmeros actores, las rosas obran a modo de apoyo de todos aquellos*

⁷⁸ *Humor* nro. 229, octubre de 1988, pp. 5 y 6.

⁷⁹ Ídem.

⁸⁰ *Humor* nro. 112, septiembre de 1983, pp. 14 y 15.

⁸¹ Ídem.

⁸² Ídem, pp. 42 y 43.

⁸³ *Humor* nro. 156, agosto de 1985, p. 5.

⁸⁴ Ídem.

que asumen con envidiable valentía su condición de maricuetas⁸⁵. Un ejemplo más de esta tendencia, donde se reconoce el facilismo del humor utilizado, es “Gay, nuevo arquero de River”⁸⁶ donde a través de varias viñetas Colazo hace chistes del estilo de “Te dije que teníamos que aflojar con las cargadas a Gay... Fijáte, hasta el referí le saca ahora la tarjeta rosa...”⁸⁷. De un modo diferente se pretende tratar a la homosexualidad vinculada a la política, cuando con motivo de declaraciones homofóbicas del brigadier Ernesto Crespo de la Fuerza Aérea se presentan dos notas. La primera se titula “Test para aspirantes a ingresar en la Fuerza Aérea (o cómo evitar que entren maricones)”⁸⁸ y a través de ilustraciones su autor, Garaycochea, pretende ironizar sobre las actitudes de los homosexuales que intentan entrar a la Fuerza. La segunda, “El Cabildo del terror y los maricones”⁸⁹ está firmada por Héctor Ruiz Núñez, y se refiere al mismo “grueso epíteto proferido por el titular de la Fuerza Aérea”⁹⁰, aclarando luego que el brigadier quitó toda intencionalidad sexual al término y se refirió a su acepción de cobardes o de quien ataca desde las sombras. La nota apoya a Crespo, indicando que es un militar que impulsa la inserción de la Fuerza en la democracia, y concluye señalando que “Sería alarmante que en nuestras Fuerzas Armadas se iniciara una persecución de homosexuales, pero es alentador suponer que ha comenzado la purga de maricones”⁹¹.

Pueden pensarse algunas conclusiones de acuerdo a lo relevado en torno a la temática de la sexualidad en las páginas de *Humor*. Por un lado, cuando la sexualidad refiere específicamente al acto sexual (cabría especificar:

⁸⁵ *Humor* nro. 156, agosto de 1985, p. 5.

⁸⁶ *Humor* nro. 121, enero de 1984, p. 110.

⁸⁷ Ídem.

⁸⁸ *Humor* nro. 184, octubre de 1986, pp. 20 y 21.

⁸⁹ Ídem, pp. 22 y 23.

⁹⁰ Ídem.

⁹¹ Ídem. Cabe mencionar aquí que el DRAE reconoce tres acepciones del término maricón: *Marica, hombre afeminado / Sodomita, hombre que comete sodomía / Insulto grosero con su significado preciso o sin él*. En DRAE www.rae.es

heterosexual) se trata como un tópico vinculado indisolublemente a la política, y las malas palabras son más sugeridas que explícitas, aunque las explícitas son de gran fuerza ilocutoria, y no casualmente son aquellas incluidas en notas donde se debate la posición conservadora de, por ejemplo, la Iglesia. Por otro lado, las referencias a la homosexualidad son, en todos los casos, peyorativas y estereotipadas. Además del hecho de que la homosexualidad que se representa es únicamente masculina, esas representaciones son siempre de carácter insultante, en un arco de términos que van desde el más políticamente correcto *gay* al frontal *puto*.

Dado que la política como tema atraviesa muchas de las páginas de *Humor*, resulta interesante observar el uso de las malas palabras en las notas que, de acuerdo al relevamiento realizado, específicamente se incluyen en esta categoría y en las temáticas que allí se tratan⁹².

Las notas específicamente políticas aparecen en *Humor* en 1980, y en 1981 se publican allí las primeras malas palabras, que serán eufemismos hasta el año de advenimiento de la democracia. Entre 1983 y 1986 las notas cuyo tema central es la política se multiplican, y aumentan en consecuencia las cantidades de malas palabras, que presentan valores que oscilan entre 22 y 34 por año. Además de las columnas estables de opinión (Jaime Emma, Enrique Vázquez, Juan Pablo Feinmann, Federico Mittelbach), las secciones fijas ("*Por una Argentina ética*" de Héctor Ruiz Núñez) y las colaboraciones ocasionales (Osvaldo Soriano, Sandra Russo, Santiago Varela, Horacio Verbitsky, Juan Carlos Martini), se consideran dos historietas cuyo núcleo argumental estaba íntimamente ligado con la política: "*Los desestabilizadores*" de Lawry, publicada entre 1984 y 1985, y "*Los Alfonsín*" de Rep, publicada entre 1986 y 1989. Cabe

⁹² Esta indagación no se realiza con todos los tipos de sección porque excede el recorte y alcance del presente trabajo.

mencionar que, a excepción de estas historietas y de algunas notas ilustradas, los artículos periodísticos sobre política no contenían elementos humorísticos.

Desde una perspectiva que vincula a los aspectos temático y expresivo de la enunciación, la elección de malas palabras para referirse a temas políticos puede considerarse, a primera vista, transgresora. Esta característica tiene que ver principalmente con el destape, pero también es parte del contrato de lectura específico de *Humor*. La transgresión que estas palabrotas suponen se normaliza, convirtiéndose en lo esperable, a tono con la tendencia en el total de la revista y en el escenario mediático en general.

En 1981 y 1982, años de la dictadura militar, los relevamientos son mínimos (4 y 2, respectivamente) y consisten en eufemizaciones. Quizás la más significativa es la que cierra la nota de Enrique Vázquez "Qué hacer si el barco se hunde"⁹³, donde el autor concluye *"Aquí ya hubo demasiados muertos. Es hora de apostar por la vida. Y apostar todas las fichas, todas las cartas. (No me gustan las notas con moraleja pero aquí no hay más remedio). Porque si uno solo hace trampa, nos vamos todos a la mismísima m."*⁹⁴ La fuerza dada a este eufemismo es grande, dado que finaliza una nota donde el autor afirma que el Proceso se encuentra en decadencia y es necesario encontrar una salida consensuada si no se quiere caer en una crisis aún peor, si no se quiere ir a parar a la mismísima mierda.

En 1983 hay 22 malas palabras relevadas, predominan las vinculadas al término joder, y muchas de las notas que las contienen son denuncias a la dictadura militar. Dos casos son particularmente interesantes en este año. En primer lugar, un hecho político en sí mismo es que vuelve a publicar en un medio gráfico argentino el escritor Osvaldo Soriano, que regresaría al país al año siguiente, luego de estar exiliado en Bélgica y en Francia. De estilo coloquial, las

⁹³ *Humor* nro. 63, julio de 1981, pp. 35 y 36.

⁹⁴ Ídem.

notas de Soriano en este año abundan en palabrotas. En segundo lugar, “La justicia que sostuvo a los militares”⁹⁵ de Jaime Emma, revela la irregularidad en la que se manejaron los militares y sus colaboradores civiles en el poder en base a la Doctrina de Facto nacida en el primer golpe de Estado en Argentina en 1930, señalando que “a partir de 1955 los señores generales, almirantes y brigadieres se hicieron pis y caca en la Constitución, derogándola de un plumazo o subordinando su mutilada vigencia a las consabidas actas y estatutos”⁹⁶. Ya en democracia, el autor califica el ejercicio ilegal de gobierno de las cúpulas militares con la alusión a dos malas palabras, sosteniendo que “se cagaron” en la Ley máxima del Estado argentino.

En 1984 aparecen 28 malas palabras en total, y hay un equilibrio entre puteadas como categoría genérica, insultos a la honestidad y a la inteligencia, y menciones de carajo. Sobresale una nota de Jaime Emma titulada “Señor patrullero: no nos troccoli el tujes”⁹⁷, donde el autor trata la facultad policial de detener arbitrariamente a una persona por 24 horas con el pretexto de identificación y averiguación de antecedentes. Si bien la nota tiene humor, la temática es considerada grave por la afinidad con la dictadura de muchos agentes de las fuerzas de policía, y recomienda a los ciudadanos acceder al pedido de documentación en la vía pública pero oponer resistencia ante el intento de detención.

En 1985 aparecen 26 malas palabras, muchas de ellas correspondientes a partes del cuerpo (particularmente a culo) y a secreciones corporales. Una nota interesante es la aparecida en la sección “*Nada se pierde*” titulada “Herminio, colaborador de *La Prensa*”⁹⁸. Allí se satiriza sobre una nota aparecida en el mencionado periódico con la firma del dirigente peronista Herminio Iglesias,

⁹⁵ *Humor* nro. 118, diciembre de 1983, pp. 33 a 37.

⁹⁶ *Ídem*, p. 36.

⁹⁷ *Humor* nro. 121, enero de 1984, pp. 34 y 35. El título alude al entonces Ministro del Interior y encargado de las fuerzas de seguridad, Antonio Tróccoli,

⁹⁸ *Humor* nro. 146, marzo de 1985, pp. 5 a 8.

caracterizado como un ignorante. La nota se compone de un artículo sobre el nacimiento del “conservapopulismo” (en la unión del tradicional diario conservador de los hermanos Paz y el peronismo caudillista de Iglesias), un apócrifo original mecanografiado, y la internación psiquiátrica del corrector de *La Prensa* que tuvo que editar la nota. Resulta llamativo el recurso de usar abundantes malas palabras como rasgo descalificador de Iglesias, dejando traslucir el prejuicio de que las palabrotas son groseras en boca de los ignorantes. Un segundo uso relevante se da en “Bombos y plataformas”⁹⁹ en la cual, hablando de los últimos días de campaña para las elecciones legislativas, Santiago Varela parafrasea el refrán popular señalando que “*un voto en la urna tira más que una yunta de bueyes*”¹⁰⁰ aludiendo a la contienda electoral en el contexto de la recién recuperada democracia.

En 1986 se registra la mayor cantidad de relevamientos, con 34 malas palabras en total, y predominan ampliamente las referencias a la filiación y a la sexualidad. Estos rasgos tienen que ver con dos episodios particulares. En primer lugar, el coreo de “judío hijo de puta” en alusión al presidente del bloque de diputados de la UCR César Jaroslavsky en el acto de cierre del paro general de la CGT el 25 de marzo, presidido por Saúl Ubaldini. Y en segundo lugar, las declaraciones homofóbicas del brigadier Ernesto Crespo, de la Fuerza Aérea, ya mencionadas anteriormente. Una nota de José Pablo Feinmann trata significativamente el primero de los temas. En su columna de opinión, donde expresa abiertamente su adhesión al peronismo, critica al gobierno radical y publica una de las construcciones insultantes más políticamente incorrectas, “*Ubaldini -en un discurso de marcada vaciedad conceptual- cometió el error de caer en las redes de Jaroslavsky, el provocador oficial del oficialismo: respondió a la provocación con la provocación, al agravio con el agravio. A partir de allí -y a*

⁹⁹ *Humor* nro. 160, octubre de 1985, pp. 20 y 21.

¹⁰⁰ *Ídem.*

través de la utilización exasperada que los medios de comunicación oficiales hicieron del incidente- la clase obrera debe sumar al agravio de su salario o su desocupación, uno nuevo: el de su racismo. Los obreros del aluvión zoológico, los cabecitas negras o los negros de mierda, los que fueron denigrados desde el '45 hasta la noche del 30 de octubre de 1983 (noche en la que el chetoalfonsinismo recorrió las calles en sus Taunus y sus Renault 18 insultando a la negrada que acababa de perder las elecciones) son ahora, además, racistas¹⁰¹. La extensión de la cita se justifica como marco en el cual se dice este (hoy) indecible, al menos en cualquier medio escrito, "negros de mierda". La intención de Feinmann es señalar el carácter antipopular del gobierno de Alfonsín (sobre todo por su política frente a la deuda externa), a la vez que desagaviar a las masas peronistas que gritaron "judío hijo de puta" utilizando un epíteto equivalente, aparentemente subyacente en la concepción radical de la sociedad. Discriminación por credo y por condición social, promediando el gobierno democrático, las luchas políticas empiezan a hacerse más ásperas, y las malas palabras son más abundantes y, sobre todo, más agresivas.

En 1987 la cantidad de malas palabras desciende a 14, volviendo a aparecer variadas formas de eufemismo. Nuevamente una nota de José Pablo Feinmann muestra un uso original de las malas palabras. En "La construcción del triunfo peronista"¹⁰² el periodista afirma que la derrota radical en las elecciones legislativas no implica automáticamente el triunfo peronista, y cita "Perón siempre lo supo y lo aceptó: no se puede hacer tortilla sin romper huevos. ¿Cuántos huevos deberá romper Cafiero para llegar al 89? Muchos"¹⁰³. El juego de palabras que incluye la mala palabra es en este caso una cita de autoridad, y refiere a la noción de que no es posible transformar el estado de cosas sin afectar intereses de algunos sectores sociales (en este caso particular, habla de

¹⁰¹ Humor nro. 171, abril de 1986, p. 28.

¹⁰² Humor nro. 204, septiembre de 1987, pp. 32 y 33.

¹⁰³ Ídem.

la redistribución de la riqueza). Más vinculada con Perón que con Feinmann, en este caso la palabrota es parte de un estilo discursivo político que pretende acercarse a las formas de habla populares. En este mismo año aparece un eufemismo interesante en la historieta “Los Alfonsín”, donde el Presidente le dice a Lorenza, su esposa, “Andáte a la Viedma”¹⁰⁴ ante su simpatía por la candidatura de Álvaro Alsogaray, y ella le contesta “¡Maleducado! ¡Eso que me dijiste es causal de divorcio!”¹⁰⁵. El reemplazo de mierda por Viedma, en alusión al fallido proyecto de trasladar la capital nacional a esa ciudad, se declara como un insulto peor que la misma mala palabra, y como corolario de la frase alude también a la Ley de divorcio vincular.

En 1988 la cantidad de malas palabras desciende a sólo 4, y resulta muy significativo que tengan que ver con declaraciones del presidente Alfonsín. A fines del año anterior había declarado que existían cagatintas que ensuciaban al gobierno, y *Humor* abrió el número 212, de décimo aniversario de la revista, distinguiéndose de esa supuesta especie periodística y aclarando que habían roto (el silencio) y seguirían rompiendo bastante. En marzo, a poco de cumplirse un año desde el acuartelamiento del coronel Seineldín (momento en que Alfonsín pronunció la famosa frase “*Felices Pascuas. La casa está en orden*”) la tapa del número 216 muestra un revólver apuntando a dos huevos de chocolate, con la leyenda “*Felices pascuas. Era para pegarse un tiro en los...*”¹⁰⁶ aludiendo al episodio carapintada y a la rara ironía contenida en el deseo de felicidad. En 1989 no aparecen relevamientos en notas políticas y el clima general de la revista parece ser más “serio”. Las únicas alusiones tienen que ver, por ejemplo, con las patillas postizas que aparecían en la salutación de inicio de año del equipo de difusión del entonces candidato Carlos Menem, junto a una leyenda que decía “*Póngase las patillas y salga a festejar con todos los compañeros del*

¹⁰⁴ *Humor* nro. 204, septiembre de 1987, p. 15.

¹⁰⁵ *Humor* nro. 204, septiembre de 1987, p. 15.

¹⁰⁶ *Humor* nro. 216, marzo de 1988.

*país la euforia de un pueblo que vuelve a ponerse de pie con una sonrisa. 1989, un año para festejar con bombos y patillas*¹⁰⁷. Publicada esta tarjeta en la sección “*Nada se pierde*”, se acompañaba de un texto de la redacción que preguntaba dónde habría que pegárselas en el caso de que Menem perdiera. Esta sugerencia de una mala palabra constituye una muestra de las apariciones de ese año, más indirectas y en secciones de interés general.

Una conclusión que puede arriesgarse, vinculando el análisis de la fuerza ilocutoria de las malas palabras y sus aspectos temáticos y expresivos, es la presencia de malas palabras (en principio eufemizadas, luego explícitas) como eufemismos -valga esta redundancia- del debate político, prohibido en sus ámbitos sociales habituales y empujado a la clandestinidad o al exilio durante la dictadura. La tendencia simultánea de aumento de las malas palabras y descenso del porcentaje de eufemizaciones ocurrido durante la transición y la apertura democrática, identificada junto al incremento de la presencia de palabrotas en las secciones de interés general y espectáculos, permite pensar que el peso relativo de la función “política” de las malas palabras disminuyó durante aquellos años.

¹⁰⁷ *Humor* nro. 235, enero de 1989, p. 5.



Las malas palabras y la moral: ethé dominantes

El período de análisis de esta tesina abarca los años comprendidos entre 1979 y 1989, década durante la cual se sucedieron una dictadura y un gobierno democrático. Estos dos contextos supusieron condiciones estructurales que posibilitaron el despliegue de sistemas morales distintos. Para describir estos sistemas se hará uso del concepto de ethos social, en tanto conjunto más o menos sistemático de disposiciones prácticas vinculadas a la ética, sin llegar necesariamente a alcanzar el nivel de abstracción que un principio ético supone (Bourdieu, 1992). Las consideraciones en torno del uso de las malas palabras pueden pensarse como uno de los indicios para la reconstrucción de los ethé dominantes.

Las malas palabras son comprensibles porque existen relaciones lingüísticas de fuerza, irreducibles a la interacción, que hacen aprehensible a los individuos tanto la corrección como la aceptabilidad, es decir el buen uso de los términos en sentido sintáctico, semántico y morfológico tanto como en su contexto social de uso. Todo uso lingüístico cumple la doble función de comunicar y distinguir, por lo cual el mayor capital lingüístico está dado no sólo por el saber formal sino también por el dominio social más amplio de ese saber, por lo que comúnmente se llama sentido de la oportunidad.

De acuerdo a los ethé determinados por el contexto social en cada uno de los dos períodos de gobierno analizados en este trabajo, el uso que *Humor* hizo de las malas palabras fue más o menos correcto, y más o menos oportuno, dotando a las mismas palabras de acentos valorativos diferentes. Es así que, paradójicamente, una mala palabra podía resultar la más correcta y aceptada de las palabras.

La “guerra contra la subversión” que el autoproclamado Proceso de Reorganización Nacional declaró en el momento de su asunción al poder oponía una supuesta cultura “verdadera y legítima” al sistema cultural marxista, extraño al “ser nacional”. Esta cultura espuria era denunciada como contraria a la moral y abarcaba áreas conceptuales como la sexualidad, la religión y la seguridad del país (Varela, 2001), aunque sus elementos nunca estaban completamente claros e identificados. Acorde con esta idea, algunas crónicas de la ceremonia de asunción de Videla a la presidencia lo describían como “*un moralista*”, y comparaban la austeridad del acto con el del presidente Cámpora en el cual “*los adictos concurrían con cánticos, algunos procaces*” (Blaustein y Zubieta, 1998).

La moral, así definida, se presentaba en el lenguaje a través del uso de las malas palabras, términos de uso cotidiano aceptable en ciertos contextos pero que, ubicadas en una publicación de circulación masiva y utilizadas como elementos de valoración crítica de la realidad, resultaban subversivos¹⁰⁸ (como calificara el periodista Héctor Simeoni en *Esquiú Color*).

Antes del golpe, circuló una cartilla con palabras que los militares consideraban inadecuadas, pero la documentación fue destruida y no afectó a *Humor*, que surgió años después. La libertad de prensa se suprimió, ya instalada la dictadura, a través del Comunicado 19, que señalaba que “*será reprimido con reclusión de hasta 10 años el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicaciones o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales*” (Varela, 2001). Se instaló en la Casa Rosada un servicio gratuito de lectura previa, se organizó una reunión con representantes de los principales medios gráficos y se hizo llegar a las redacciones un documento elaborado por la Secretaría de Prensa y Difusión firmado por un ignoto capitán de navío Luis

¹⁰⁸ El periodista Alberto Dearriba (2004) utiliza una hipérbole adecuada para ilustrar este punto, recordando que durante la *dictadura* “*leíamos notas del Herald, La Prensa, la agencia Noticias Argentinas y Humor como si estuviéramos leyendo El Manifiesto Comunista*”.

Jorge Arigotti con 16 principios y procedimientos que los medios de comunicación debían atender para colaborar con el Proceso. Entre ellos se destacaban la obligación de *“inducir a la restitución de los valores fundamentales que hacen a la integridad de la sociedad, como por ejemplo: orden, laboriosidad, jerarquía, responsabilidad, idoneidad, honestidad, dentro del contexto de la moralidad cristiana; propender a la atenuación y progresiva erradicación de los estímulos fundados en la sexualidad y la violencia delictiva; sostener una acción permanente contra el vicio en todas sus manifestaciones; no incursionar en terrenos que no son de debate público por su incidencia en audiencias no preparadas; eliminación total de términos e imágenes obscenas, procaces, chocantes o descomedidas, apelaciones eróticas o de doble intención; propender al uso correcto del idioma nacional”* (Varela, 2001). A pesar de la circulación del Comunicado, a ningún periodista se aplicó su letra para ser apresado o juzgado, y luego de aquella primera reunión en Casa de Gobierno se confió en el establecimiento más efectivo y menos costoso de la autocensura. Como señala Osvaldo Bayer en su *“Pequeño recordatorio para un país sin memoria”*, la Junta Militar quemó libros al principio para evitar *“que se siga engañando a nuestra juventud”*¹⁰⁹, pero luego la represión de la cultura se llevó a cabo suavemente y en la oscuridad (Sosnowsky, 1988).

En términos irónicos pero no del todo alejados de la verdad, algunos integrantes de la redacción de *El Cronista* señalaban que la pregunta para eludir la censura en aquellos años era *“¿no dice ni puta ni caca ni Montoneros?”* (Blaustein y Zubieta, 1998). El humorista Landrú sondeó en 1977 la situación para el relanzamiento de *Tía Vicenta*, que presentó como *“la revista del humor sano”* en un doble proceso de complicidad y diferenciación de *Satiricón*. Heredera de aquella revista (¿del humor enfermito?) *Humor* formó parte del

¹⁰⁹ Así justificó el teniente coronel Jorge Gorleri del III Cuerpo del Ejército una quema de libros en Córdoba en 1976, agregando que lo hacía por la protección de los valores de *“Dios, patria y hogar”* (Sosnowsky, 1988).

humor molesto, que no sólo se atrevía a las malas palabras tradicionales sino también a las malas palabras políticas como democracia y libertad de expresión.

El gobierno democrático presidido por Raúl Alfonsín se inició en un clima donde el fervor democrático estaba en directa relación con el desprestigio y el rechazo hacia el Proceso de Reorganización Nacional, creciente en tanto se descubrían las atrocidades de la represión ilegal y los múltiples hechos de corrupción protagonizados por distintos miembros militares y civiles de las cúpulas del gobierno de facto.

La plataforma política de la UCR proponía la defensa del pluralismo y la libertad de expresión, entre otros conceptos enmarcados en la idea de modernización cultural. A una supuesta cultura tradicional autoritaria y conservadora, asociada tanto a los sectores dictatoriales como al peronismo de corte más caudillista, se oponía una cultura nueva apoyada en la idea de civilidad como fuente de consenso y legitimidad. De allí, por ejemplo, el respaldo a Alfonsín para la promulgación de las leyes de divorcio vincular y patria potestad compartida. No obstante los desarrollos en otros ámbitos, el gobierno de la UCR tuvo respecto de la comunicación masiva una postura ambigua y hasta contradictoria, ya que levantó la censura e intervino el COMFER pero no derogó la Ley de Radiodifusión 22.285 ni aplicó reformas para garantizar el derecho a la información (Muraro, 1987). A esta política imprecisa hubo que sumar la dificultad que supuso la erradicación individual de la autocensura, tanto en los medios como en los periodistas.

La cultura y la comunicación fueron ámbitos de liberación durante la democracia. La primera manifestación de este fenómeno fue el destape, que favoreció la exposición y el debate de numerosas temáticas de interés social (como la educación, la familia, la sexualidad, las alternativas políticas) pero también permitió la exhibición morbosa de los horrores de la tortura y el

asesinato durante los años del Proceso. Sobre el final del gobierno de Alfonsín, cuando la debacle económica puso en peligro la institucionalidad y se decidió finalizar anticipadamente el período presidencial, los medios de comunicación fueron también los escenarios de la indignación de muchos y la desilusión de otros.

Durante la dictadura se pretendía preservar el “ser nacional”, la “verdadera cultura argentina”. La libertad de expresión estaba coartada por la censura y por la autocensura que generaba la política del miedo. Las malas palabras estaban reprobadas por incorrectas e inapropiadas, pero sobre todo por su relación con algunos temas considerados igualmente incorrectos e inapropiados como la libertad, el disenso y la participación.

Durante el gobierno democrático iniciado en 1983 se aspiraba a la modernización de esa cultura tradicional por medio de la educación en el respeto del pluralismo y la garantía de las libertades civiles. Ya no había impronunciables, y el uso o abuso de las malas palabras quedaba en manos de cada conciencia y cada publicación particular.

El uso que *Humor* hizo de las malas palabras en ambos contextos permite formular algunas conclusiones.

La cantidad de malas palabras (incluso las eufemizadas) publicadas en el período de dictadura fue escasa. La ubicación de esas malas palabras fue, además, equitativa entre distintas secciones de la revista, y se representaban varias de las categorías semánticas identificadas en esta tesina, sin utilizar en ellas ningún término demasiado malsonante. La dictadura misma era ejemplo en el uso de eufemismos: “servicio gratuito de lectura previa” fue el más ingenioso, “desaparecidos” el más siniestro. El peligro oficial que pendía sobre *Humor* era la calificación de pornográfica, pero junto a esta acusación estaba el recelo del Proceso ante su tono crítico y su carácter transgresor. Como señala Andrés

Cascioli en un reportaje por el décimo aniversario de *Humor*, “Había un capitán que manejaba la prensa en el Ministerio del Interior (...) El capitán nos dio una lección de cómo debía tratarse el tema del sexo. Por ejemplo, la medida que tenían que tener las bombachas de las señoras... Lo decía a los gritos, usando el tono más alto, y en todo momento habló del respeto del ser nacional y cómo debíamos tratar de educar a la gente en estas cuestiones. Yo me acuerdo que una de las preguntas que hice fue si yo estaba presente ahí por la portada que habíamos hecho con Videla, y él me dijo que teníamos total libertad de expresión, y que no era por eso sino porque era una revista considerada pornográfica”¹¹⁰.

Con la apertura democrática y el advenimiento del destape, las malas palabras en *Humor* se multiplicaron. Aparecieron por primera vez en tapa y siguieron abundando en todas las secciones, adjetivando temas antes impensados como los escándalos de corrupción de la dictadura, la desaparición forzada de personas y los procesos electorales, el divorcio, la homosexualidad y el SIDA. Y se usaron las palabras de mayor fuerza ilocutoria en todos los casos. La liberación de los fantasmas de la censura dictatorial tuvo lugar en todos los medios de comunicación masiva, y frente a este destape *Humor* perdió su carácter transgresor, su excepcionalidad. Para sostener su posición en un mercado editorial en crisis, Ediciones de La Urraca acudió a algunas publicaciones especializadas: *Humi* para el público infantil, *El Péndulo* para los amantes de las historietas y, la más importante a los efectos de esta investigación, *SexHumor*, publicación sobre sexo y política sólo apta para mayores de 18 años. El contrato de lectura de *Humor* se reacomodó apoyándose en esta diversificación de productos editoriales, intentando conservar el prestigio periodístico de la revista quincenal a la vez que se sumaba al costado chabacano del destape que, contradictoriamente, criticaba. El aumento de las

¹¹⁰ *Humor* nro. 221, junio de 1988, pp. 61 y 62.

malas palabras en general, de las vinculadas a partes del cuerpo, y en esta categoría el predominio de las alusiones a culo, corría parejo a comentarios como *“una puteada es más noticia que una idea”*¹¹¹, *“ya sabemos que vivimos nuevos tiempos televisivos, en los cuales se puede chacotear y hablar de temas que otrora eran absolutamente tabúes. Pero de ahí a comentar que a un pescador que se agacha a recoger la carnada lo ensarta un pez espada, o alguna otra chirigota por el estilo, deslizada sin apelar a eufemismos, hay un trecho”*¹¹², y *“esta temporada ha aumentado el promedio de culo, caca, mierda, carajo y puteadas surtidas. No, no somos puritanos ni represores, no nos espanta. Pero la repetición puede aburrir y sonar a facilismo”*¹¹³.

La profusión de malas palabras en todo el escenario mediático las despojó, por redundancia, de su carácter de desvío, y de allí operó la dilución de su uso como marca de transgresión. Particularmente en *Humor*, se produjo un despojamiento progresivo del primer sentido político que las malas palabras habían tenido. En cierto sentido, un eufemismo en dictadura resultaba tener más fuerza ilocutoria que media página de malas palabras en democracia.

¹¹¹ *Humor* nro. 221, junio de 1988, p. 123.

¹¹² *Humor* nro. 168, febrero de 1986, p. 91.

¹¹³ *Humor* nro. 241, abril de 1989, p. 54.

AVISOS SEXY MAGNIFICAS ideas

creativos chanchos:
LANGER-RULLONI





Reflexiones finales

Uno de los humoristas de mayor permanencia en la revista *Humor*, Rep, señaló en cierta ocasión que el objetivo del humor es molestar al sentido común, y que el humor siempre es político porque los humoristas son seres humanos, y los seres humanos son siempre seres políticos (Chisleanschi, 2002).

Sólo una revista de humor. Nada más y nada menos.

La elección de *Humor* como caso de análisis del uso de las malas palabras hizo que leyera, de principio a fin, más de 60 ejemplares de la revista. Durante los años de la dictadura, *Humor* aparecía como una especie de voz solitaria y heroica. Con la apertura que dio inicio al período de mayor estabilidad de la democracia que conozca la sociedad argentina, *Humor* intentó reinventarse. Y ya no fue tan única ni tan audaz.

Como señalara Nicolás Casullo en las *Jornadas de Reflexión sobre Medios, Comunicación y Dictadura* (2004) es más fácil estudiar los medios en momentos de barbarie y represión que en democracia, donde no todos dicen lo mismo en nombre de la libertad de expresión. Por ese motivo tal vez, la sensación de que *Humor* perdió su brillo al perder su lugar de privilegio, en un contexto donde el gesto transgresor, de tanto repetirse, se volvía norma. *Humor* se normalizó.

Las malas palabras fueron, sobre el principio del período analizado, un elemento de esta construcción de identidad transgresora en *Humor*. El estilo periodístico de *Humor* resultó una voz crítica, un gesto resistente en el campo de la prensa escrita durante la dictadura. Llegada la democracia, sobrevinieron también el destape y la patota cultural, y poco quedó en el ámbito del tabú, por lo cual los gestos de resistencia ya no fueron, al menos, excepcionales. *Humor* se subió a la tendencia general, o fueron los demás los que siguieron una senda

exitosa abierta por *Humor*. En cualquiera de los dos casos se diluyó la posición resistente. *Humor* no dejó de ser una buena revista, una publicación plural y crítica, pero dejó de ser “la” revista.

En términos más generales, el uso que los periodistas de *Humor* hacían de las malas palabras estaba del lado de la voz dominante en tanto el mercado lingüístico, en sentido amplio, habla al dominado. Los orígenes de muchos de los términos considerados hoy como malas palabras muestran que lo que era dialecto se transformó, con el paso del tiempo y los cambios en el campo de lucha por la apropiación de las formas de decir legítimas, en lenguaje corrompido. *Humor* fue, incluso en tanto periodismo de vanguardia, parte del conjunto de voces autorizadas. De hecho aparecieron muchas veces juicios editoriales sobre la corrección y la aceptabilidad, las malas palabras justificadas y las malas palabras caprichosas. Lo primero es ingenio, lo segundo es grosería. Tato Bores y Enrique Pinti podían porque eran analistas brillantes, artistas, capaces de discernir cuándo y cómo una mala palabra era oportuna. Herminio Iglesias y el “Gordo” Porcel no tanto, uno por ignorante, el otro por mercenario del chiste fácil.

Imposible no trazar una suerte de continuidad entre aquel primer destape y la cultura mediática actual. Las gatitas y los ratones se perpetúan en los bailarines por sueños, y el morbo que se regodeaba en los relatos de los torturadores arrepentidos puede compararse al de los primeros planos sobre cuerpos sangrantes retorcidos entre los aceros de un choque múltiple de automóviles o al de cualquiera de los hechos que se incluyen, indistintos unos al lado de los otros, en la serie de la “inseguridad”.

El destape de la década del '80 necesitaba la verdad, incluso en sus versiones más horrorosas. La desnudez actual, heredera de aquellos años, no

parece reconocer otra verdad que la del mercado, amparándose en que produce lo que “la gente” quiere ver, que muestra lo que sucede en “la realidad”.

Qué cosa es una mala palabra, no será un interrogante posible de ser desentrañado aquí. Pero vale la investigación para saber que las malas palabras son esos indicios de que en el lenguaje, y a través de él, se dice, se siente y se vive. Conjuros contra el terror, vehículos del dolor y de la impotencia tanto como del placer y de la alegría, las malas palabras -cada una de ellas, en cada sociedad, en cada tiempo y en cada lugar- son siempre marcas que sobresalen en el lenguaje.

Una mala palabra ya no escandaliza a nadie. Y sin embargo, en el proceso de construcción de esta investigación, me pasó una y otra vez que mis ocasionales compañeros de viaje (personas que, sentadas a mi lado en subtes y colectivos, espiaban mis notas de relevamiento manuscritas) me lanzaran miradas reprobatorias por estar anotando términos tan poco de papel y birome como puta, culo, mierda, carajo. Algunos se reían, pocos. Y, de seguro, nadie sospechó que estaba haciendo una investigación con pretensiones científicas. Porque ¿dónde se ha visto una tesina que diga puta, culo, mierda o carajo?

Bibliografía

Referencias bibliográficas

- ARANGO, Ariel (1986): *Las malas palabras*. Buenos Aires, Planeta, 1990.
- ARAUJO ALBRECHT, Roxana, PIÑEIRO, Javier, PONZONE, Pablo, ROMBOLÁ, Analía y VÁSQUEZ, Gonzalo (s/d): *La guerra de Malvinas según las revistas Somos y Humor*. Consultado en línea (último acceso en agosto de 2009) en www.mediosydictadura.org
- AUSTIN, John Langshaw (1962): *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona, Paidós, 1982.
- BAIGORRIA, Emilia (2007): *Violencia en el lenguaje: el compromiso de la palabra*. Buenos Aires, Dunken, 2007.
- BAJTIN, Mikhail (1952-53): "El problema de los géneros discursivos" en *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XX, 1990.
- BARBERO, Martín (1983): "Memoria narrativa e industria cultural" en *Comunicación y cultura*, número 10.
- BLAUSTEIN, Eduardo y ZUBIETA, Martín (1998): *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue.

- BORDELOIS, Ivonne (2005): *El país que nos habla*. Buenos Aires, Sudamericana.
- BORDELOIS, Ivonne (2005): *La palabra amenazada*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- BOURDIEU, Pierre (1984): “El mercado lingüístico” en *Sociología y cultura*, Mexico, Grijalbo, 1990.
- BOURDIEU, Pierre (1979): “La elección de lo necesario” en *La distinción*, Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, Pierre (1992): “La lógica de los campos” en BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc. *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Mexico, Grijalbo, 1995.
- BOURDIEU, Pierre y BOLTANSKI, Luc (1975): “Le fetiche de la langue” en *Actes de la recherche en sciences sociales*, volumen 1, número 4, pp. 2-32.
- BOURDIEU, Pierre (1975): “Les catégories de l’entendement professoral” en *Actes de la recherche en sciences sociales*, volumen 1, número 3, pp. 68-93.
- BOURDIEU, Pierre (2000): “L’inconscient d’école” en Actes de la recherche en sciences sociales, número 135, pp. 3-5.

- BOURDIEU, Pierre (1987): “Los usos del pueblo” en *Cosas dichas*. Barcelona, Gedisa, 1988.
- BRENES PEÑA, María Ester (2007): *Los insultos entre los jóvenes: la agresividad verbal como arma para la creación de una identidad grupal*. En *Interlingüística: Asociación de Jóvenes Lingüistas*, número 17, pp. 1-11.
- CALVET, Louis-Jean (1996) : *Las políticas lingüísticas*. Buenos Aires, Edicial, 1997.
- CARABALLO Liliana, CHARLIER Noemí y GARULLI Liliana (1998): *La dictadura (1976-1983). Testimonios y documentos*. Buenos Aires, Eudeba.
- CHISLEANSCHI, Beatriz (et al.) (2002): *Qué se dice y qué no se muestra del humor político*. Buenos Aires, UTPBA.
- CONTURSI, María Eugenia, GLOZMAN, Mara, LAURIA, Daniela y RIZZO, María Florencia (2008): “Políticas del hispanismo en perspectiva histórica: la fundación de la Academia Argentina de Letras (1931-1933)”, en *Actas del XV Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina*, Montevideo, ALFAL.
- COSTA, Esteban, DI PASQUALE, María Belén, ALASTUEY, Amparo, ANDINO, Carlos y BROCCCHINI, Mariano (2006): *Libros publicados desde*

1983 hasta 2006 referidos a la última dictadura militar y el terrorismo de Estado. Informe TEA.

- DÍAZ, César Luis, GIMÉNEZ, Mario Jorge y PASSARO, María Marta (2003): "Cuando ni los objetivos ni los plazos respetaron la libertad de expresión. La legislación entre 1976 y 1981" en *Anuario de investigaciones* La Plata, UNLP / FPCS, 2004.
- ESPINOSA MENESES, Margarita (2001): "Algo sobre la historia de las palabrotas" en Razón y Palabra, número 23 octubre-noviembre. Disponible en línea en www.razonypalabra.org.mx
- FAGALE, Lidia (et al.) (2002): *Conflicto social, censura y medios*. Buenos Aires, UTPBA.
- GARCÍA MARCOS, Francisco (1993): *Nociones de sociolingüística*. Barcelona, Octaedro.
- GIMENEZ, Marina (s/d): *Actuación de la prensa desde el golpe del 76 a la llegada de la democracia*. Consultado en línea (último acceso en agosto de 2009) en www.mediosydictadura.org
- LAFOURCADE, Alejandro (2004): *La revista Humor como medio opositor a la dictadura militar*. Buenos Aires, Universidad del Salvador. Disponible en línea en www.salvador.edu.ar

- LANDI, Oscar (1984): "Cultura y política en la transición democrática" en OSZLAK, Oscar (comp.) (1987): *Proceso, crisis y transición democrática*. Buenos Aires, CEAL.
- MACHADO, Eloy y URETA, Marta (2002): "Aproximación al tabú de las malas palabras" en *Boletín de la Academia Nacional de Letras*, número 11, enero-marzo.
- MATELLANA, Andrea (1999): *Humor y política: un estudio comparativo de tres publicaciones de humor político*. Buenos Aires, EUDEBA.
- MILLÁN, José Antonio (1999): "¡Y yo en la tuya! El insulto y el genio de la lengua". Disponible en línea en www.jamillan.com
- MURARO, Heriberto (1987): "La comunicación masiva durante la dictadura militar y la transición democrática en la Argentina, 1973-1986" en LANDI, Oscar (1987) *Medios, transformación cultural y política*. Buenos Aires, Legasa.
- NARVAJA DE ARNOUX, Elvira y LUIS, Carlos (2003) (comps.): *El pensamiento ilustrado y el lenguaje*. Buenos Aires, EUDEBA.
- PÊCHEUX, Michel (1969): "Orientaciones conceptuales para una teoría del discurso", "Formación social, lengua, discurso" en *Hacia un análisis automático del discurso*. Madrid, Gredos, 1978.

- PÊCHEUX, Michel (2003): "El mecanismo del reconocimiento ideológico" en ZIZEK, S. (comp.) *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- PÉREZ FERNÁNDEZ, Rolando Antonio (1997): "El verbo chingar: una palabra clave" en *El rostro colectivo de la nación mexicana*. Morelia, Universidad Michoacana. Disponible en línea en www.bibliotecavirtual.clacso.org.ar
- ROCK, David (1988): *Argentina 1516-1987: desde la colonización española hasta Alfonsín*. Buenos Aires, Alianza, 1989.
- RODRÍGUEZ KAUTH, Ángel (2001): "Los boludos". Disponible en línea en www.sappiens.com
- ROMERO, Luis Alberto (1994): *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- SIDICARO, Ricardo (1989): "Los libros del proceso. Ideas de cuando las ideas se mataban" en *El bimestre político y económico*, noviembre-diciembre, pp. 3-7.
- SOSNOWSKY, Saúl (1988): *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*. Buenos Aires, EUDEBA.
- ULANOVSKY, Carlos (1997): *Para las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periódicos argentinos*. Buenos Aires, Espasa Calpe.

- VARELA, Mirta (2001): “Los medios de comunicación durante la dictadura: silencio, mordaza y optimismo” en *Todo es Historia*, número 404, marzo, pp. 50-63.
- VAZQUEZ, Omar Lucio (SIULNAS) (1987): *Historia del humor gráfico y escrito en la Argentina*. Tomo II, 1940-1985. Buenos Aires, EUDEBA.
- VERÓN Eliseo (1985): “El análisis del Contrato de Lectura, un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media” en *Les Médias: Experiences, recherches actuelles, applications*, París, IREP.
- VITALE, Alejandra (1999): “El problema de la lengua en la radiofonía argentina (1934-1946)” en ARNOUX y BEIN (comp.) *Prácticas y representaciones del lenguaje*. Buenos Aires, EUDEBA.
- VOLOSHINOV, Valentin Nikolaievich (1929): *El marxismo y la filosofía del lenguaje (Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje)*. Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- VVAA (2007): *Al borde del fin*. Buenos Aires, UTPBA.
- VVAA (2004): *Medios, comunicación y dictadura*. Exposiciones de las Jornada de reflexión sobre Medios, Comunicación y dictadura. 28 y 29 de octubre en el CCGSM de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Consultado en línea (último acceso en agosto de 2009) en www.mediosydictadura.org

- VVAA (2001): *No hay democracia informativa sin democracia económica. Voces múltiples del Primer Congreso Mundial de la Comunicación*. Buenos Aires, UTPBA.
- VVAA (2006): *Puto el que lee. Diccionario argentino de insultos, injurias e improperios*. Buenos Aires, Gente grossa.
- VVAA (2004): *Sólo para periodistas y comunicadores sociales*. Buenos Aires, UTPBA.
- WACQUANT, Loïc (1992): "Introducción" en BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc. *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Mexico, Grijalbo, 1995.

Fuentes

- Ley de Radiodifusión 22.285.
- Convenio de prensa escrita y oral nro. 301/75.
- Estatuto del periodista profesional, ley 12.908.

- Código Penal, Libro Segundo, Título III - Delitos contra la honestidad, Capítulo III - Corrupción, abuso deshonesto y ultrajes al pudor.

Notas periodísticas

- “Con la revista Humor, la gente empezó a reírse de los militares”, Página 12, 22/09/2003.
- “Fontanarrosa defendió el rol de las malas palabras”, Clarín, 20/11/2004.
- “Historia de la revista Humor”, en www.paginadigital.com.ar, 16/07/2005.
- “La revista Humor y la dictadura”, en www.diversica.com, 13/05/2005.
- <http://www.historiadelpais.com.ar/>

Material de consulta audiovisual

- *Historia de un país, Argentina siglo XX*. Capítulos 21, 22, 23, 24. Producción: Canal Encuentro. Productora delegada: Milva Ostroviesky. Investigación documental e imágenes de archivo: Claudia Perel, María Flores. Archivo histórico documental Canal Encuentro: Claudia Perel, María Flores, Gachi González, Verónica Kodalle. Asesoramiento histórico: Eternautas. Coordinador: Gabriel Di Meglio, Gustavo Alvarez, Marina Franco. Guión: Ezequiel Cazzola. Coordinadora general: Jéssica Tritten.
- “*Humor* (la revista más seria del país)”. En *Lo pasado pensado*. Conducción: Felipe Pigna. Producción periodística: Martín Pigna.

Coordinación de producción: Roberto Martínez. Guión y dirección: Jorge Bernárdez. Producción ejecutiva: Luciano di Vito. Realización general: Felipe Pigna, Jorge Bernárdez, Luciano di Vito.